

COLECCIÓN LIBREPENSAMIENTO:
ESPIRITISMO PARA EL SIGLO XXI

Serie 2

Espiritismo y Humanismo

Jon Aizpúrua



CPDoc

Centro de Pesquisa e
Documentação Espírita

cepa 
ASOCIACIÓN ESPÍRITA INTERNACIONAL
ASSOCIAÇÃO ESPÍRITA INTERNACIONAL
INTERNATIONAL SPIRITIST ASSOCIATION

Libro 10

COLECCIÓN LIBREPENSAMIENTO:
ESPIRITISMO PARA EL SIGLO XXI

Serie 2

Espiritismo y Humanismo

Jon Aizpúrua

Serie 2 - Libro 10

2026



Catalogación en La Publicación (CIP)
Angelica Ilacqua CRB-8/7057

Aizpúrua, Jon

Espiritismo y humanismo [libro electrónico] / Jon Aizpúrua ; traducción de Eliana Pantoja. -- [S.l.] : CPDoc ; CEPA, 2026.

2700 Kb ; PDF (Colección Librepensamiento: espiritismo para el siglo XXI ; Série 2 ; Libro 10 / organizado por Ademar Arthur Chioro dos Reis, Mauro de Mesquita Spínola, Ricardo de Moraes Nunes)

ISBN 978-65-89240-47-1

1. Espiritismo 2. Humanismo I. Título II. Reis, Ademar Arthur Chioro dos III. Spínola, Mauro de Mesquita IV. Nunes, Ricardo de Moraes V. Pantoja, Eliana VI. Serie

26-0053

CDU 133.7

CDD 133.9

Organizadores de la Colección

Ademar Arthur Chioro dos Reis, Mauro de Mesquita Spínola y
Ricardo de Moraes Nunes

Revisión final

Ademar Arthur Chioro dos Reis

Diseño gráfico, portada y maquetación

Magda Zago

Las ideas y tesis presentadas en este libro son responsabilidad del autor y no reflejan necesariamente la posición institucional de CEPA y CPDoc.

PRESENTACIÓN

“(...) el librepensamiento eleva la dignidad del hombre; de él se hace un ser activo, inteligente, en lugar de una máquina de creer”.

Allan Kardec (Revista Espírita, febrero, 1867)

La Asociación Espírita Internacional (CEPA) y el Centro de Investigación y Documentación Espírita (CPDoc) lanzaron, en abril de 2021, la **Colección Librepensamiento: espiritismo para el siglo XXI**.

La primera serie de la colección tuvo la finalidad de presentar, de manera sintética, pero conceptualmente precisa, los fundamentos teóricos del llamado espiritismo laico y librepensador, que se ha desarrollado en varios países en las América y en Europa en los últimos años.

Editada en cuatro idiomas — portugués, español, inglés y francés — la serie tiene como objetivo la difusión del espiritismo laico y librepensador de manera amplia y accesible.

Este enfoque representa una nueva mirada al espiritismo fundado por Allan Kardec en 1857 con la publicación de su obra inaugural, *El Libro de los Espíritus*, y su posterior institucionalización y popularización en diferentes regiones del mundo. A medida que se difundió, el espiritismo fue influenciado por los contextos históricos, culturales y religiosos de cada país y época.

En Brasil, por ejemplo, el espiritismo encontró un ambiente moldeado por la tradición católica, lo que resultó en su asimilación como otra religión cristiana. Esto comprometió los principios de racionalidad y librepensamiento originalmente propuestos por Kardec.

Este proceso sincrético, observado también en otros países, redujo el espiritismo a una “religión más pequeña”, alejándolo de su vocación epistemológica y vaciándolo de su potencial para contribuir al campo del conocimiento, especialmente en las áreas de la ciencia y la filosofía.

Frente a esto, los espíritas reunidos en torno a la CEPA y el CPDoc propusieron una relectura del pensamiento espírita, en un intento de rescatar la generosa propuesta de Allan Kardec: una filosofía espiritualista, laica, librepensadora, humanista y progresista, alineada con los avances del conocimiento, la ética y la espiritualidad en el mundo contemporáneo.

La **Serie 1** de la **Colección Librepensamiento** presentó al público algunos temas fundamentales del espiritismo desde esta nueva perspectiva, buscando aclarar tanto al público espírita como a los interesados en la temática. Los ocho volúmenes que la componen fueron elaborados por intelectuales de los movimientos espíritas de Argentina, Brasil, España, y Venezuela, y están disponibles gratuitamente en los sitios web de CEPA y del CPDoc. Las obras siguen criterios de claridad, concisión y precisión, abordando los siguientes temas:

- El espiritismo en la perspectiva laica y librepensadora
Milton Rubens Medran Moreira (Brasil) y Salomão Jacob Benchaya (Brasil)
- La inmortalidad del alma
David Santamaria (España)

- **Mediumnidad:** intercambio entre dos mundos
Yolanda Clavijo (Venezuela) y Ademar Arthur Chioro dos Reis (Brasil)
- **Reflexiones sobre la idea de Dios**
Ricardo de Moraes Nunes (Brasil) y Dante Lopez (Argentina)
- **Reencarnación:** un revolucionario paradigma existencial
Mauro de Mesquita Spínola (Brasil)
- **La evolución de los espíritus, de la materia y de los mundos**
Gustavo Molfino (Argentina) y Reinaldo Di Lucia (Brasil)
- **Espiritismo, ética y moral**
Jacira Jacinto da Silva (Brasil) y Milton Rubens Medran Moreira (Brasil)
- **Allan Kardec: el fundador del espiritismo**
Wilson Garcia (Brasil) y Matheus Laureano (Brasil)

En las palabras de José Herculano Pires, importante filósofo espírita brasileño, el espiritismo sigue siendo el “gran desconocido”. Persisten sombras de incompreensión que ocultan su brillo

original como propuesta filosófica innovadora, centrada en la razón y los hechos a la luz del pensamiento moderno.

La **Serie 1** contribuye a una visión abarcadora y contrahegemónica del espiritismo, buscando el diálogo y la alteridad frente a las corrientes predominantes en el movimiento espírita.

Ahora, CEPA y el CPDoc presentan al público la **Serie 2** de la colección, con el tema central **Espiritismo y Sociedad**. Esta nueva etapa pretende dar continuidad al exitoso proyecto editorial, abordando cuestiones contemporáneas esenciales para la humanidad.

Los libros de la **Serie 2** tratan de las relaciones entre el espiritismo y temas sensibles y actuales como la política, el humanismo, el trabajo, el racismo, la crisis climática, la sostenibilidad, el fundamentalismo religioso, el género, las sexualidades, el papel de la mujer en la sociedad, la ideología y la comunicación de masas.

Los autores fueron invitados a dialogar con la obra de Kardec, adoptando un enfoque laico y librepensador, en contrapunto con el espiritismo religioso. Sus contribuciones reflejan actualizaciones post-kardecistas y buscan aplicar el pensamiento

espírita a los dilemas y desafíos del siglo XXI, considerando también la actualización del lenguaje y de los conceptos.

La propuesta es profundizar el proceso iniciado con la **Serie 1** y fortalecer la consolidación del espiritismo laico, progresista y librepensador. Para asegurar la diversidad de ideas, nacionalidades y géneros, se evitó repetir autores de la primera serie. Algunas obras fueron producidas por autores individuales, otras por dúos, tríos o equipos más grandes.

Agradecemos a los autores y organizadores que, generosamente, otorgaron los derechos de autor de sus obras a CEPA y al CPDoc. Cada libro fue orientado por un término de referencia que buscó asegurar la unidad temática y editorial, respetando la libertad de expresión de los autores.

Las ideas y tesis presentadas son responsabilidad de los autores y no reflejan, necesariamente, la posición institucional de CEPA y del CPDoc.

La **Serie 2** se ofrece como material de referencia y apoyo didáctico a estudiosos, divulgadores del Espiritismo y organizadores de cursos, conferencias y grupos de estudio. Al igual que la Serie 1, esta nueva etapa pretende fomentar el debate saludable y plural sobre temas relevantes al espiritismo.

La colección se publica en el espíritu del diálogo, no para establecer divisiones sectarias, sino para afirmar identidades, construir puentes y promover el intercambio con espíritas de diferentes corrientes y con no espíritas interesados en la temática.

Reiteramos el público objetivo de la colección: espíritas vinculados a la CEPA, espíritas de otras tradiciones y no espíritas interesados en las cuestiones tratadas.

Si cumple este propósito, la **Serie 2** de la **Colección Librepensamiento: espiritismo para el siglo XXI** habrá alcanzado plenamente sus objetivos.

Organizadores

Ademar Arthur Chioro dos Reis - Mauro de Mesquita Spínola - Ricardo de Moraes Nunes

Durante el año 2026, CEPA habrá conmemorado 80 años de existencia. Este es un hito importante no solo para nosotros, como colectivo, sino para todo el movimiento espiritista mundial. Con esa efeméride, se marca un capítulo importante en la historia de la organización espiritista de representación mundial más antigua del mundo, en funcionamiento ininterrumpido.

Estos primeros 80 años se dieron en un agitado siglo XX y un primer cuarto del siglo XXI que nos trae nuevos retos y oportunidades. La Ley del Progreso, propuesta en el bosquejo de Kardec presentado en *El Libro de los Espíritus*, nos sirve de referencia. No todo progresa simultáneamente y en todos los ámbitos a la vez, así como no todos los individuos tienen su progreso personal supeditado al progreso de otros. Comprendido de esta manera, con una visión panorámica y amplia, vemos cómo el progreso, cambio y movimiento, son constantes universales.

Mirando al universo cuántico, al universo físico y al universo moral, que constituimos cada uno de nosotros, notamos cómo el Progreso es Ley.

Así también ha sido el progreso de la CEPA – Asociación Espírita Internacional. De un vanguardista movimiento representativo y confederativo, a una asociación de organizaciones, colectivos e individuos que nos encontramos en una misma onda de pensamiento, en una misma dirección: presentar y representar el mensaje espiritista con el lenguaje de los tiempos, atendiendo las cuestiones del presente y siempre dialogando con el conocimiento y la sociedad contemporánea. Es decir, representando el ideal del espiritismo desde una mirada actualizada y fresca, siempre.

El pensamiento espiritista de hoy queda más expuesto que nunca al análisis, al escrutinio, a la crítica y al encuentro de las personas que tienen sed por una espiritualidad amorosa, empática y solidaria, que no se queden rumiando en los atavismos religiosos de antaño. Ese es el terreno fértil que no siempre es cultivado, pero que constituye nuestra especialidad. Cada vez son más las mujeres y hombres que buscan encontrarse a sí mismos e identificarse como Espíritus, procurando un lenguaje que satisfaga su

curiosidad intelectual, su pensamiento crítico y su personalidad librepensadora.

Los frutos de la influencia de CEPA – Asociación Espírita Internacional, se ven y se amplían a cada rato en el medio espiritista. Cada vez más individuos y colectivos se encuentran con nosotros, comprendiendo que el espiritismo, desde una mirada no religiosa, tiene mucho que aportar y efectivamente nos libera de ancestrales y pesadas cadenas culturales y conductuales. Como organización no podemos adjudicarnos el mérito de esto de manera exclusiva. Porque el que hoy día continúen acercándose más personas a una visión abarcadora, librepensadora, progresista y laica del espiritismo, también responde al aumento en la calidad de los estudios, análisis e investigaciones que se realizan en diferentes campos del saber, sobre temas que el espiritismo aborda. Es decir, según progresan los individuos, también progresa la manera en que se presentan y elaboran las ideas, los discursos, los planteamientos y las propuestas.

Aquí entra en juego esta propuesta editorial de CEPA que es la **Colección Librepensamiento: espiritismo para el siglo XXI**. Esta segunda serie de libros nos servirá de foro o de espacio de resonancia

desde el que representamos y le presentamos al mundo una propuesta espírita:

1. *deísta*; que encuentra en la Causa Primaria, en Dios, el punto de partida de todos y de todo;
2. *inmortalista*; que comprende la inmanencia de la existencia del Ser, individualizado y permanente;
3. *progresista y evolucionista*; que comprende la importancia de la vida física con sus responsabilidades ecológicas, económicas y sociales, como escenario de aprendizaje y refuerzo para el Espíritu;
4. que se desarrolla *dialogando* con los *Espíritus*, o sea, con los seres humanos sin cuerpo físico, quienes nos ofrecen sus vivencias, perspectivas y consejos o advertencias en la construcción de un conocimiento práctico, fraternal y siempre vivo;
5. que reconoce en la *solidaridad universal* algo más allá de una experiencia personal o de especulación, sino una realidad innegable: la Tierra es nuestra escuela-hogar actual y el universo está lleno de talleres y escenarios que también están disponibles para nosotros y para quienes nos han precedido, así como para quienes están entrando en conciencia.

Aunque no sea un proceso garantizado, asegurado o lineal, se espera que con el pasar del tiempo los individuos maduren sus ideas, actitudes, miradas y evaluaciones. Estas expectativas son parte de la dinámica humana; pero a veces chocan con una realidad diferente, que, aparentemente, no ocurrirá a la velocidad deseada. Notamos, en muchas ocasiones, que las personas repiten viejos y caducos refranes, que conservan infantiles actitudes o que se empeñan en oponerse a los cambios, al progreso, y desdeñan como utópicas las ideas que no comprenden.

Sabiendo esto, no nos debe sorprender que las organizaciones y las instituciones, de cualquier naturaleza - social, política, filosófica, religiosa, económica y demás - sean el reflejo amplificado de esto. Después de todo, las organizaciones y las instituciones, como lo es la sociedad misma, son la representación del cúmulo de los individuos que las componen. Por eso notamos colectivos con resistencia, con inercia, con resentimiento y con desinterés ante los cambios que implican reconsiderar posturas y madurar las actitudes e ideas.

¿El espiritismo, como filosofía espiritualista de consecuencias morales, tendrá este tipo de

naturaleza resentida y estacionaria e inmadura? Nos parece que la respuesta es obvia: **¡NO!**

Así que le proponemos algo a quien nos lee: disfrute esta lectura, analice cada libro, tome notas, escriba preguntas y participe en los eventos donde se encuentran las autoras y autores que contribuyeron con cada uno de los libros que componen la Colección Librepensamiento. Tráiganos sus inquietudes y dialoguemos al respecto. Después de todo, así se construye el conocimiento, así se crece, así se aprende.

Confiamos plenamente en que la Colección Librepensamiento tocará su vida de manera positiva. Así que gracias por leernos y permitirnos aportarle algo positivo.

José E. Arroyo

Presidente de CEPA – Asociación Espírita Internacional

El CPDoc es actualmente uno de los más antiguos centros de investigación del espiritismo en funcionamiento en Brasil. Su principal objetivo es el desarrollo y la difusión de estudios e investigaciones con temática espírita, utilizando la metodología adecuada para cada tema y las contribuciones de las diversas áreas del conocimiento. Por lo tanto, busca contribuir a la mejora del conocimiento en su conjunto y del espiritismo en particular.

El CPDoc nació en Santos (SP) en 1988, fruto del sueño de jóvenes interesados en incrementar los estudios espíritas. Hoy en día cuenta con participantes de varios estados brasileños y otros países. Las obras se publican a través de su portal, en libros, en la prensa y en diversos eventos, especialmente en el Simposio Brasileño del Pensamiento Espírita y en los Congresos y Conferencias de CEPA, entidad a la que se unió en 1995.

En un mundo donde predominan la superficialidad del conocimiento, la información rasa y sin control y la ausencia de

pensamiento crítico, el CPDoc sigue buscando proporcionar a los estudiantes y estudiosos del espiritismo una mirada escrutadora hacia el futuro. Siempre es una utopía, siempre es un sueño, pero así empezó y, pese a cierto cansancio natural que genera el paso de los años, el grupo todavía flirtea con la creencia en el saber que genera reflexión y cambio de paradigmas y actitudes. Para el individuo y para la sociedad.

Sin pretender señalar un camino, pero con la certeza de que la luz del conocimiento crítico, no dogmático, humanista y libre de toda imposición de carácter institucional puede resultar en algo efectivo en esta búsqueda que empezó en 1857 en Francia y que insistimos en mantener viva: la búsqueda de la felicidad a través de la comprensión de lo que es la vida.

Informaciones, libros y artículos publicados, eventos promovidos por el CPDoc y cursos en línea están disponibles en el portal del grupo: <http://www.cpdocespirita.com.br>.

Saulo de Meira Albach

Presidente de CPDoc - Centro de Investigación
y Documentación Espírita

Al Consejo Ejecutivo de CEPA - Asociación Espírita Internacional, por el apoyo incondicional al proyecto Colección Librepensamiento: espiritismo para el siglo XXI;

A los miembros del Centro de Investigación y Documentación Espírita (CPDoc) por la lectura crítica y sugerencias que permitieron calificar nuestro trabajo;

A Jacira Jacinto da Silva por el prefacio;

A Tainá Camilo Rodrigues Chella por la traducción al francés;

A Eliana Pantoja por la traducción al portugués;

A José Arroyo e Danette Lebrón por la traducción al inglés;

A Magda Selvera Zago por el diseño gráfico, portada y diagramación.

PREFACIO

Fue con extrema honra y gran alegría que acepté prologar esta obra, escrita por Jon Aizpúrua, el mayor símbolo del espiritismo genuinamente kardecista, laico y libre de cualquier condicionamiento de los tiempos actuales.

No veo otra personalidad con la misma estatura intelectual que haya acumulado, a lo largo de la vida, un conocimiento tan pleno, tanto en la escala espírita como en el saber general, con su lucidez y su capacidad crítica, ponderación y discernimiento, suficientes para enfrentar cualquier escrutinio.

Considero el tema oportuno y sumamente necesario en un tiempo en que muchas actitudes se muestran totalmente desprovistas de razonabilidad. El mundo está dividido y al parecer hay mucha gente

que no se preocupa por lo que sienten las personas, viviendo en torno a aparentes intereses, cueste lo que cueste. Sin embargo, no es eso lo que el ser humano debería buscar, especialmente cuando se tiene noción del espiritismo, cuando se ve esta vida como una oportunidad solamente. El humanismo espírita reconoce en el ser humano todas las potencialidades para los cambios necesarios; cree en el ser humano como el único capaz de resolver los problemas humanos y de proporcionar una vida de paz a la humanidad.

Antes de adentrarse en el contenido de la obra, cabe destacar que este libro aparece como un verdadero regalo, ya que la envergadura de su autor nos permite un contacto directo con lo más actualizado en materia de humanismo.

Son reflexiones profundas, sustentadas en pensadores antiguos y modernos, que permiten reflexionar sobre el humanismo desde diversas vertientes, comenzando por la educación.

Ya al inicio del texto se encuentra una lista de principios y valores que el autor considera propios del humanismo espírita, citando expresamente la opción por las virtudes, la compasión, la justicia, la libertad, la igualdad, la solidaridad, entre otros,

todos integrantes —directa o indirectamente— del conjunto de los derechos humanos.

El autor esclarece al lector sobre el humanismo y el humanitarismo, conceptos que se funden, pero no se confunden. Mientras el primero se centra en el reconocimiento del valor y la autonomía del ser humano, el segundo se define a partir de una actitud o acción práctica que busca aliviar el sufrimiento humano.

Trabaja el concepto de humanismo histórico y universalista, escribiendo de forma directa y sencilla, desde aproximadamente el año 1400 —cuando surge— hasta su plenitud en el Renacimiento, constituyéndose como un eje articulador de disciplinas y campos de creatividad. El humanismo universalista engloba diversos humanismos, que suelen expresarse bajo etiquetas como humanismo utópico, positivista, marxista, socialista, libertario, existencialista, cristiano, secular, espiritualista, e incluso se ha propuesto explícitamente un humanismo ateo. En estos humanismos caben todos los saberes e interpretaciones.

Resulta muy oportuna la conclusión del autor de que el espiritismo es un humanismo que defiende una antropología trascendental, la cual, aunque tiene raíces deístas y espiritualistas, centra su preocupación

ética y social en el ser humano, encarnado o desencarnado, al mismo tiempo que incentiva su participación protagónica en la lucha permanente que debe librar para enfrentar los avatares de la vida.

Tal vez resida en este punto la gran contribución de este libro, ya que el autor pone el foco en el ser humano, invitándonos a pensar que el espiritismo contribuye a la evolución humana, transformándonos en mejores personas, conscientes de la responsabilidad que tenemos respecto a la evolución del planeta y de las relaciones humanas. Deja muy claro que no se debe esperar de otros las mejoras deseadas, sino luchar por ellas y hacer que sucedan.

Al desvincular el espiritismo de las concepciones religiosas, el autor concibe el humanismo espírita con identidad propia, situando al espíritu en la eternidad, como ser preexistente, existente, coexistente y subsistente, que utiliza la capacidad humana en lugar de actuar por impulso o ignorancia; en síntesis, ni religión ni materialismo.

Habla de un modelo humanístico espírita que promueve la acción, el descubrimiento y el impulso, sin valorar al ser humano desconectado de su momento histórico ni insensible a las exigencias del progreso social, tanto en las relaciones con los

demás como en todo lo que lo vincula con los seres vivos y la naturaleza en su conjunto. Centrado en lo humano, promueve la curiosidad, el estudio y, en consecuencia, la evolución.

Desde una perspectiva optimista, traduce un humanismo espírita orientado al progreso, centrado en el ser humano actual, a partir de su historia y con vistas al futuro, sin ver en las concepciones teológicas fundamentalistas —cuyo eje es la exaltación de la vida espiritual— la única salida, como si esta estuviera disociada de la vida material. También aclara, de manera pertinente, que la visión auténticamente espírita no concuerda con la religiosa que concibe el mundo como un “valle de lágrimas”, donde todos sufren castigos divinos por un supuesto pecado original y se someten resignadamente al dolor como prueba inevitable para su redención.

Es satisfactorio leer la obra, escrita con libertad pero llena de contenido, que invita a la reflexión, expresando una visión altruista del espiritismo, en la cual el espíritu construye su camino y es responsable de las consecuencias de sus decisiones libres. De este modo, la ética derivada del humanismo espírita promueve compromisos que configuran una cultura moral y espiritual capaz de ofrecer a la humanidad una alternativa universalista, progresista y amorosa. Así,

será en el amor divino, infinito, donde la humanidad encontrará los recursos necesarios para su crecimiento, con nuevas oportunidades en encarnaciones sucesivas hasta la construcción de un mundo mejor, plenamente civilizado, donde sus habitantes disfruten de un grado cada vez mayor de felicidad.

La obra presenta un conjunto de consideraciones generales para facilitar la comprensión de las tesis esenciales del humanismo espírita en el mundo contemporáneo, organizadas en capítulos secuenciales, cuyos títulos constituyen una invitación a la lectura.

Comienza con "la condición humana y el autoconocimiento" y continúa con "hacia una espiritualidad laica", "sociología espiritual", "por una educación de base humanística", "elogio a la paz", "por una ecología integral", "la felicidad como camino", "espiritismo y progreso", "humanismo versus transhumanismo", y concluye con "exhortación humanista a la práctica del bien", en el que el autor consideró oportuno incluir el poema "El placer de servir", de la refinada poetisa chilena Gabriela Mistral, como fiel expresión de humanismo y espiritualidad.

Según el autor, los versos constituyen una invitación a superar la cultura del individualismo y promover la cultura de la cooperación, formando un

hermoso himno al amor, la ternura y el servicio, es decir, a los valores más elevados proclamados por un humanismo de raíces espirituales.

Se trata de una obra de gran valor cultural y espírita, que traduce los principios elementales de esta filosofía y propone una forma de vivir la vida dignificando la oportunidad de estar en este mundo, en busca de la mejor construcción posible de cada uno.

Me gusta destacar el valor de este libro, especialmente cuando aborda cuestiones sociales. El espiritismo trata al ser humano en su integralidad y, por lo tanto, en sus relaciones con la sociedad. En la tercera parte de *El Libro de los Espíritus* encontramos un verdadero compendio de orientaciones seguras para la construcción del camino humano. Siendo los derechos humanos la base de todos los demás, el autor no deja de resaltar el valor que Kardec atribuye a la vida en sociedad, en la que deben observarse los principios de una convivencia pacífica y respetuosa. Y, de manera magnánima, nos recuerda el deber no solo de conmovernos ante los problemas de la realidad, sino de actuar para transformarla, pues no basta preocuparse por la maldad existente en el mundo: es urgente combatirla.

Asimismo, resalta la democracia como parte integrante del espiritismo, reconociéndola como un valor esencial para el actual estadio evolutivo de la humanidad, sin el cual caeríamos en el autoritarismo. Libertad, igualdad y fraternidad aparecen en el texto como principios fundamentales. Recuerda a Jesús de Nazaret, de cuyo magisterio bastaría la enseñanza de no hacer a los demás lo que no queremos para nosotros mismos, de tal importancia que, incluso después de veinte siglos, aún no logramos comprender plenamente su alcance.

La obra es verdaderamente entusiasta; además de altamente instructiva, nos invita a reflexionar sobre la vida en su totalidad, aportando conocimiento de manera placentera.

Que su lectura le sea provechosa, como lo fue para mí, y que enriquezca sus múltiples saberes.

Jacira Jacinto da Silva
Presidenta de CEPA Internacional (2016–2021)

SUMARIO

INTRODUCCIÓN - HUMANISMO ESPÍRITA.	
¿POR QUÉ Y PARA QUÉ?	31
Principios y valores que dan sentido al humanismo espírita	33
Humanismo y humanitarismo	45
El "más allá" en relación con el "más acá"	46
¿Qué implica ser espírita humanista hoy?	47
1. DOS MIRADAS EN TORNO DEL HUMANISMO	54
Humanismo histórico	55
Humanismo universalista	64
2. HUMANISMO ESPÍRITA	69
Ni religión ni materialismo	74
Encarnados y desencarnados	76

Espíritu, historia y sociedad	79
Compromiso espírita	81
3. LA CONDICIÓN HUMANA Y EL AUTOCONOCIMIENTO	85
¡Conócete a ti mismo!	85
Dios, creación y evolución cósmica	87
4. HACIA UNA ESPIRITUALIDAD LAICA	93
Laicismo y estado laico	93
Laicismo y espiritismo	96
Por una espiritualidad laica y amorosa	97
5. SOCIOLOGÍA ESPIRITUAL	100
Preocupación espírita por los problemas humanos	100
Espiritismo, democracia y progreso social sin ataduras partidistas	106
Referencias básicas de una doctrina social espírita	108
6. POR UNA EDUCACIÓN DE CARÁCTER HUMANISTA	117
Humanismo y tecnología	117
Humanismo y utilidad económica	118
¿Qué es realmente educar?	122
Espiritismo y educación	126
Experiencias en España, Brasil y Argentina	129
Educando al espíritu	133

7. ELOGIO DE LA PAZ	138
Paz interior y paz social	138
No a las guerras	139
Paz y derechos humanos	141
8. POR UNA ECOLOGÍA INTEGRAL	145
Preservación de la naturaleza	145
Ecología espiritual	148
9. LA FELICIDAD COMO CAMINO	151
10. ESPIRITISMO Y PROGRESO	156
Espiritismo progresista	156
Espiritismo progresivo	161
11. HUMANISMO VERSUS TRANSHUMANISMO	166
CONCLUSIÓN - EXHORTACIÓN HUMANISTA A LA PRÁCTICA DEL BIEN	172
INDICACIONES DE LECTURAS DE INTERÉS	177
INDICACIONES DE SITIOS WEB DE INTERÉS	177
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	178
SOBRE EL AUTOR	180

INTRODUCCIÓN

HUMANISMO ESPÍRITA ¿POR QUÉ Y PARA QUÉ?

Al atender la propuesta del Centro de Pesquisa e Documentação Espírita (CPDoc) y de CEPA-Asociación Espírita Internacional, de escribir un breve ensayo sobre la relación entre espiritismo y humanismo para ser publicado dentro de la Colección Librepensar, experimento un profundo sentimiento de gratitud por el honor que se me concede y de alegría por la oportunidad de poder expresar lo que esos dos conceptos filosóficos han significado siempre a lo largo de mi vida: conocimiento del espíritu en sus amplias dimensiones, sea encarnado o desencarnado, y comprensión de la centralidad humana, o mejor dicho, de la colocación del ser humano en el centro de mis preocupaciones. Ambas referencias me

han servido de norte para orientar y configurar mi pensamiento en plena sintonía con un paradigma de espiritualidad libre y abierta, instalado en un mundo global caracterizado por la pluridiversidad.

Separo la noción de espiritualidad de cualquiera de las prédicas religiosas, o, al menos, no la fundamento en ellas. La generalidad de las religiones, con sus dogmas y condenaciones, con un discurso exclusivista que las ha llevado a autoproclamarse dueñas de la verdad, con su pretensión de imponer la uniformidad en todos los ámbitos de la existencia humana, con su institucionalización y apego al poder y a los beneficios que de él se derivan, con su fundamentalismo que suele desembocar en violación de los derechos humanos, han pervertido el auténtico significado de la espiritualidad, como elevada manifestación de amor incondicional concreto y cercano, de sensibilidad y de servicio ante el sufrimiento del prójimo, habiéndola instrumentalizado para fines espurios y borrado de su horizonte.

Asumo la espiritualidad desde una concepción **espiritualista** y **antropológica**. En primer término, adopto como premisa el reconocimiento del espíritu como categoría ontológica y gnoseológica, que define a la entidad inteligente que habita en nosotros, que anima la vida, piensa, conoce y siente, que continúa después de la muerte del cuerpo

físico y evoluciona en sucesivas existencias. Esta visión, espiritualista y más específicamente espírita, me inclina a simpatizar con quienes reivindican el derecho de toda criatura humana a sentir una emoción de apertura y respeto por el Misterio que nos circunda y que por ser inefable no se puede describir con palabras, o, a experimentar una íntima conexión con lo Divino que nos trasciende, con Dios, cualquiera que sea su manera de concebirlo, entenderlo o adorarlo, sin necesidad de intermediarios, intérpretes o censores.

De conformidad con una mirada antropológica enfocada principalmente en el ser humano como un complejo bio-psico-socio-espiritual, ha de tenerse presente que son inherentes al espíritu su corporalidad, su sociabilidad, su historicidad, su subjetividad, su emocionalidad, su afectividad, su idiosincrasia, así como la variabilidad e impredecibilidad de sus inclinaciones y tendencias de orden psicológico.

Principios y valores que dan sentido al humanismo espírita

Desde la convicción espírita y librepensadora que me identifica, nacida de mi encuentro con Kardec a los dieciocho años y cultivada sin interrupción hasta el presente, estoy convencido de que el

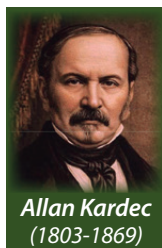
humanismo mantiene vigencia y actualidad, no solo como tradición venerable a partir de Petrarca y de los pensadores renacentistas que se dedicaron a los estudios de las humanidades y al cultivo de las artes liberales colocando lo humano en el centro de su reflexión, sino también como una cosmovisión orientadora de las ideas y de la praxis social, como ejercicio concreto de amor y compasión, como fundamento de valores esenciales y derechos que son consustanciales a todas las personas, cualesquiera que sean su origen, sexo o edad, y que aquí expongo en apretada síntesis:

- **Amor a la vida**, que ha de tomarse siempre como una oportunidad para crecer, para hacer realidad los sueños, para enfrentar los desafíos, para superar las dificultades, para avanzar hacia la conquista de la felicidad que es el objetivo natural del espíritu en su marcha evolutiva. En sintonía con una visión holística, el amor a la vida se corresponde con el amor a la naturaleza, en tanto que encuentro gozoso y disfrute de ella antes que su explotación; manifestación de respeto y cariño por el medio ambiente natural y no su depredación.
- **Opción por las virtudes**, entendidas en sentido ético y filosófico antes que teológico. Comenzando por la superación del egoísmo, del orgullo y de los

hábitos perjudiciales, el cultivo de las virtudes en la vida cotidiana constituye la base de un auténtico crecimiento integral, que se pone de manifiesto en la salud física, mental, moral, social y espiritual.

- **Amor a la familia**, punto de partida del camino humano hacia la madurez de las personas, escenario propicio para unas sanas relaciones recíprocas, columna vertebral de la sociedad. De acuerdo con Kardec en *El libro de los espíritus*:

“Los lazos sociales son necesarios para el progreso, y los lazos de familia hacen más estrechos los vínculos sociales. Por eso los nexos de familia constituyen una ley de la naturaleza” (KARDEC, 1992, p.273).

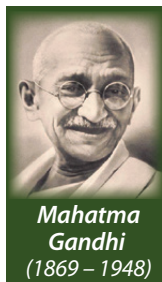


Obviamente, este planteamiento apunta a la formación de familias saludables, es decir, aquellas que tienen el amor como elemento clave de la relación entre sus integrantes, porque de no ser así se convierten en agrupaciones de personas vinculadas biológica y jurídicamente que forman una estructura fría, distante y expuesta a profundos altibajos. La familia sanamente constituida, concebida como célula esencial de la sociedad, contribuye con el progreso general y con la evo-

lución espiritual proporcionando oportunidades para la reencarnación de los espíritus.

Familia y Estado son instituciones indispensables en toda sociedad, cada una cumpliendo sus finalidades específicas. La familia, seguida por la escuela, constituye el primer y principal canal para la transmisión de valores y actitudes, y su defensa no se contradice con el reconocimiento del rol que necesariamente corresponde al Estado para garantizar el respeto y cumplimiento de los derechos fundamentales de todos los ciudadanos, la vigencia de las libertades, y el equilibrio entre las funciones públicas y las competencias del mercado.

- **Compasión**, como actitud que moviliza nuestro lado más amoroso y solidario, y que, al ser ejercida nos brinda una grata sensación de bienestar interior. Conmoverse frente a la desgracia del otro implica reconocerlo como humano e implica asimismo humanizarse uno mismo. En sus prédicas, no se cansaba Gandhi de recordar que el amor y la compasión son las fuerzas más humildes, pero que a la vez son las más poderosas de cuantas dispone el mundo.



- **Progreso**, fundado en una concepción esperanzada del telos espiritual, del propósito evolutivo del ser humano como espíritu encarnado hacia nuevas conquistas, sin dejar de asumir el fracaso en que pueden desembocar las acciones humanas, pero no como momento final, sino como una etapa en la andadura de la que sale fortalecido. El progreso general es una tendencia imparable y el gran desafío sigue estando en alcanzar la equiparación del progreso intelectual y el progreso moral.
- **Justicia**, comprendida como anhelo universal de que cada ser humano reciba lo que le corresponde. A pesar de su relatividad histórica y de ser motivo de complejas discusiones filosóficas, el análisis racional de la justicia permite reconocer que ella se identifica plenamente con el principio de la igualdad, porque solo se imparte verdadera justicia cuando se acepta que todas las personas son iguales en sus derechos. En sentido amplio, la justicia social exige una razonable y equitativa distribución de los bienes de este mundo, que son patrimonio común de la humanidad y no posesión de unos pocos. En consecuencia, el sentimiento de justicia se complementa con la actitud de resistencia pacífica y no sumisión frente a la injusticia.

- **Libertad**, asumida como dimensión fundamental inherente a la condición humana. Aun cuando se halla expuesta a diversas influencias internas y externas, psíquicas, biológicas y sociales, toda persona es un espíritu encarnado, dotado de libre albedrío, y es por lo tanto un ser autónomo e independiente, capaz de pensar y discernir, de escoger y rechazar, dueño de un poder creativo e integrador que le permite ejercer su libertad por encima de estos condicionamientos. Por eso, toda forma de esclavitud atenta contra la naturaleza humana, y cuando a una persona, a una familia, a una minoría social, o a todo un pueblo, se les arrebatara su libertad se les despoja de su dignidad.
- **Libertad de conciencia y de pensamiento**, favorecedora del uso de la razón sin ataduras dogmáticas. Todos los seres humanos tenemos derecho a la autodeterminación en el estilo de vida que adoptamos, en la orientación ideológica, en la creencia religiosa o política que nos satisface, en la intimidad y en la sexualidad que ejercemos y disfrutamos de manera honesta y responsable.
- **Formación integral, intelectual y moral**, que implica aprendizaje, búsqueda, investigación, reflexión y sentido crítico, dando plena vigencia al lema con el que Kant resumió el propósito

central de la Ilustración: ¡Sapere aude!, ten el valor de servirte de tu propio entendimiento. Implica, igualmente, el cultivo de los valores morales para la configuración de una personalidad sana, honesta, sensible, altruista, bondadosa y solidaria. Nada sustituye a la educación en el desarrollo de las potencialidades del ser humano, perfeccionando sus capacidades e impulsando su inserción en la sociedad y en la cultura. En el proceso educativo interactúan recíprocamente el autodidactismo en que el propio individuo es educador y educando al mismo tiempo, y la heteroeducación proveniente del apoyo externo proporcionado por el hogar y la escolarización. En ambas vías, la lectura es crucial para la formación de la personalidad y su maduración por el insustituible amor a los libros, teniendo como premisa que no hay que leerlos porque deban servir para algo según exige cierta lógica del beneficio material en una sociedad donde el tener es más valioso que el ser, sino que se leen por el placer de leerlos, de aprender, animados por el deseo de conocer y de conocernos, de enriquecernos espiritualmente.

- **Laicismo**, asumido como defensa de los intereses civiles de la sociedad comunes a creyentes y no creyentes, no como negación o persecución de

las creencias religiosas. En esencia, el laicismo afirma la independencia de los seres humanos, de la sociedad y del Estado, de toda influencia eclesiástica o religiosa. El estado laico garantiza la libertad de pensamiento y de conciencia de los ciudadanos y respeta el derecho de todos a la libre manifestación de sus creencias sin otra restricción que no sea el respeto a las creencias de los demás. En la sociedad laica son respetadas las creencias religiosas en cuanto derecho de quienes las asumen, pero no como un deber que pueda imponerse a nadie, como sucede en estados confesionales y teocráticos.

- **Tolerancia**, entendida como aceptación de la diversidad, disposición a la erradicación de prejuicios y capacidad de convivir con lo que nos disgusta o desaprobamos, flexibilidad para facilitar el diálogo. Pero la tolerancia no debe ser confundida con la insensibilidad ante los males que provocan sufrimiento ni como indiferencia ante las ideologías que ponen en peligro las conquistas democráticas, derivadas de concepciones autoritarias, totalitarias, populistas, confesionales, integristas o fundamentalistas. La tolerancia es el más eficaz antídoto frente al fanatismo, sea religioso, político o de cualquier

naturaleza, que tantos desentendimientos y odios genera. Defender conceptos o ideas con firmeza y sustentadas en argumentos, siempre; fanatismos jamás, de ninguna clase ni en nombre de ninguna doctrina o ideología.

- **Cosmopolitismo**, referido básicamente a la idea de que los seres humanos somos ciudadanos del mundo puesto que pertenecemos a una misma comunidad planetaria en la que no caben exclusiones. Demanda una nueva educación para la ciudadanía que no esté reducida a las nociones de patria o nacionalidad, - que han de ser entendidas y respetadas - sino que esté guiada por valores morales de mayor alcance, que fomenten la convivencia, enfrenten las tendencias racistas o xenófobas y reconozcan los derechos humanos de todas las personas, en sociedades donde quepamos todos y la diferencia sea considerada una riqueza y no un estigma. El cosmopolitismo supera éticamente las creencias nacionalistas o patrióticas por su aspiración de una humanidad integrada y solidaria.
- **Igualdad**, como atributo inalienable de la condición humana y de su experiencia como ser social, y del cual se desprende que todas las personas deben gozar de los mismos derechos y oportunidades, sin discriminación alguna, para

poder vivir, convivir y desarrollar plenamente todas sus potencialidades. De conformidad con lo expuesto en *El libro de los espíritus* relativo a la ley de igualdad, no se puede considerar la desigualdad de las condiciones sociales como obra de Dios y sí de los seres humanos, y en consecuencia es un imperativo moral luchar para erradicarla. Esto no significa que se adopte la posición de un igualitarismo radical que propone la igualdad absoluta de las riquezas y desconoce “*la diversidad de las facultades y de los caracteres*”, como bien apuntó Kardec, y que no es otra cosa que el reconocimiento de la heterogeneidad humana, que de ninguna manera debe ser asumida como justificación de desigualdades.

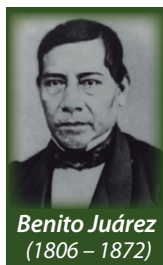
- **Fraternidad**, como opción por la amistad, el diálogo, la convivencia, el disfrute de la vida, la proximidad. Además de unir a familiares, amigos y conocidos por la manifestación de sentimientos de afecto, respeto y buen trato, la fraternidad se propone como el vínculo ideal que debería unir a hombres y mujeres, considerados como integrantes de una familia universal, y en consecuencia reconocidos como hermanos. Ser fraternales implica reconocer que existe una conexión esencial entre todas las personas, que

todas poseen una dignidad intrínseca por encima de cualquier diferencia, practicar valores como el amor, la solidaridad, el compañerismo, la justicia, la paz, y el esfuerzo común para la edificación de un mundo más armonioso para todos.

- **Paz interior**, estimulada por la búsqueda espiritual, el descubrimiento de la trascendencia, la serenidad como resultado del equilibrio entre la mente y el cuerpo, la satisfacción ante la conciencia del deber cumplido, la disposición para aceptar y valorar nuestros propios sentimientos, y el disfrute de la placentera sensación de profundidad que ofrecen el silencio y la contemplación.
- **Paz social**, entre las personas, los pueblos y las naciones, derivada del diálogo, del consenso y las buenas relaciones. La cultura de la paz nunca surge de una victoria bélica, tampoco se reduce a la consigna de “no a la guerra” porque tiene un contenido mayor nacido del deseo de construir un estado de paz permanente, que no admite la violencia, demanda la coexistencia entre las naciones, rechaza las conquistas militares, promueve la resolución pacífica de las controversias, y también exige el respeto por la diversidad de culturas y modos de existencia, que

se traduce en un sano pluralismo. Siempre tendrá vigencia la máxima pronunciada por el estadista mexicano Benito Juárez:

“Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz”.



- **Solidaridad**, palabra muy significativa y de sabor universalista, que suena como la versión laica del término caridad, el cual corre el riesgo de quedar circunscrito y por tanto limitado al léxico típicamente cristiano. Claro está que por encima de sutilezas semánticas, el ejercicio de la solidaridad representa lo mejor de la condición humana en tanto nace del amor al prójimo, la compasión ante el dolor y el sufrimiento humanos y empatía con los humildes, los pobres, los parias, los discriminados, los refugiados, los más vulnerables y todos los perseguidos de la tierra por la defensa de sus ideales o por tratar de alcanzar su sueño de una vida con dignidad. El espíritu de solidaridad impulsa la hermosa alegría de servir y de estar dispuestos constante e incondicionalmente a prestar auxilio a los demás, considerando sus necesidades como propias, y fomentando la cooperación y la conexión en la sociedad.

Humanismo y humanitarismo

Cuando convocan al esfuerzo concreto y sostenido para darle contenido real a estas justas aspiraciones, el **humanismo** y el **humanitarismo** se funden, aunque no necesariamente se confunden en lo que se refiere a sus definiciones y objetivos. Son conceptos relacionados y complementarios, pero diferentes. El humanismo es una corriente de pensamiento y un movimiento cultural que promueve una visión del mundo, centrada en el reconocimiento del valor y la autonomía del ser humano, y estimula el crecimiento personal, la educación intelectual y moral, la reflexión ética y social. El humanitarismo, por su parte, se define a partir de una actitud o acción práctica que procura aliviar el sufrimiento humano, especialmente en situaciones críticas como las que perjudican gravemente a las personas afectadas por severas carencias o a las víctimas de desastres naturales o conflictos armados.

No concibo al humanismo sin el humanitarismo, ni a la inversa. Igual que en todo lo que atañe al ser humano, la teoría y la práctica marchan juntas y se retroalimentan. El cuerpo de ideas que sustenta la concepción humanista debería servir de apoyo a la acción humanitaria, para que esta no se circunscriba o se limite a la actividad asistencialista que consiste

en donar alimentos, vestidos, medicinas, o dinero, que en ningún caso debe subestimarse, pero cuyo impacto es muy inmediato y de corta duración. Quizás la célebre metáfora que invita a *“dar un pescado al que necesita alimentarse y a la vez enseñarlo a pescar”* puede ilustrar bien la combinación de ambas consideraciones: a veces hay que dar soluciones rápidas y directas, pero un enfoque más profundo y sostenible ha de impulsar la educación y el desarrollo de la capacidad de las personas para generar sus propios recursos de manera autónoma, en una sociedad que les abra caminos y facilite posibilidades para trabajar por su bienestar. Al deber moral que impulsa las acciones humanitarias, caritativas o filantrópicas, ha de vincularse el desarrollo de una conciencia social transformadora de la sociedad para que reinen en ella la justicia, la igualdad, la libertad, la fraternidad, el progreso, y demás valores que enaltecen la dignidad de las personas.

El ‘más allá’ en relación con el ‘más acá’

Un mundo mejor proyectado a la luz de una visión dinámica del humanismo espírita, ha de ser el resultado del esfuerzo mancomunado de los espíritus encarnados en nuestro planeta con el respaldo moral de los desencarnados, y debe ser

edificado aquí y ahora, en el 'más acá' y sin remitir la búsqueda de soluciones al 'más allá', o a una confusa interpretación de la causalidad reencarnatoria que pretende racionalizar o justificar las tragedias humanas o las inequidades sociales como si se tratara de 'expiaciones' o 'pagos de deudas', que no son más que sofismas para silenciar el reclamo de la conciencia ante la pasividad o la inacción.

La preocupación por la felicidad de las almas después de la muerte no puede significar un desentendimiento del bienestar integral de las personas en el mundo encarnado, elemento fundamental de la espiritualidad de la vida, mirada en todas sus dimensiones. Siendo los espíritus desencarnados las propias almas de los fallecidos, responde a un pensamiento mágico o ingenuo suponer que su bienestar y felicidad son independientes de las condiciones de la vida encarnada. La felicidad del futuro es el resultado del esfuerzo por conquistarla en las sociedades del presente.

¿Qué implica ser espírita humanista hoy?

El humanismo espírita presupone ubicarse en la realidad y no evadirse de ella, con el honrado propósito de transformar la sociedad para mejorarla,

para avanzar en bienestar y derechos, y nunca para perderlos, ni cambiar a unos beneficiarios de privilegios por otros de diferentes ideologías, como tantas veces ha sucedido.

Ser espírita humanista hoy es sentir en lo más profundo que cada una de nuestras existencias representa un momento efímero de una infinita y extraordinaria aventura: la compleja y difícil lucha del espíritu en su incesante proceso evolutivo de autoconocimiento para avanzar hacia estadios superiores de maduración intelectual, psicológica, moral y social, o sea, hacia etapas de mayor plenitud y desenvolvimiento de la conciencia. Es necesario llevar a cabo la gran revolución de los valores, que empiece por el propio ser humano pero que no se quede allí y se extienda hasta las estructuras sociales, verificándose una relación dialéctica entre lo moral y lo social.

Haber seguido en mi vida estas líneas de pensamiento animaron un empeño constante en cultivar un modo de conocimiento transdisciplinario que me volvió para siempre alérgico a los fanatismos, a los sectarismos, a las mentiras religiosas o políticas de los pretendidos mesías salvadores de almas que se sustentan en los miedos de los creyentes, en amenazantes infiernos o en la cultura de los pecados

y las culpas, tanto como me distancié de los autoproclamados revolucionarios que se presentan como utópicos salvadores de pueblos y en definitiva lo que hacen es conducirlos a los precipicios de horribles distopías.

No he dejado nunca de ser aprendiz, es decir de seguir estudiando y leyendo con avidez, escuchando a quienes tienen algo importante que decir, meditando, reflexionando. Me acostumbré a recurrir a las más variadas fuentes de la información y del conocimiento y a tomar en cuenta con genuino respeto las opiniones distintas a las mías, a dejar fluir la curiosidad, a sorprenderme y hacerme preguntas, a revisar con frecuencia mi visión del mundo lo que hace de mí un orgulloso revisionista, a autocriticarme y corregir mis errores, a reexaminar mis creencias y rectificar sin complejos cuando hay evidencias de que nuevos datos invalidan conceptos anteriores, a tener dudas y a no refugiarme en pretendidas verdades absolutas e intemporales que solo se encuentran cómodas en las teologías y en la fe de los fanáticos.

Precisamente, como espírita humanista, y en consecuencia librepensador, he procurado no dejarme llevar por la tentación de creermelo dueño de la verdad, o de suponer que la 'verdad' es del dominio de una

doctrina en particular, o que se entra en posesión de ella por la lectura de los libros de cualquier autor, con independencia del reconocimiento que se haga de sus méritos y contribuciones. Primero, porque no existe tal verdad en términos absolutos. Hay verdades en tanto que conocimientos que puedan ser verificados y contrastados, pero no dejan de ser parciales, temporales, relativas a un determinado paradigma dominante y están sujetas por lo tanto a tensiones, revisiones y a ser sustituidas si la evidencia empírica así lo determina.

En segundo lugar, porque a lo largo de la historia no ha existido ni existe un sistema de pensamiento que sea capaz de englobar la totalidad del conocimiento humano o universal, de lo que se desprende que no hay un camino único en la búsqueda de las verdades y sí una pluralidad de vías y opciones. Y tercero, como corolario de lo anterior, no creo en libros tenidos por sagrados o incontestables, presentados como el epitome de la sabiduría universal o como la manifestación de la mismísima voluntad divina o la revelación definitiva de espíritus superiores. Ideas respetables, sin duda, aunque solo sustentadas en la fe, en los dogmas o en la buena fe de los creyentes.

Recurro a la antigua sentencia latina: *hominem unius libri timeo*, vale decir “temo al hombre de un solo libro”, para recordar que de la adoración de libros sagrados y de maestros infalibles, se nutren fanatismos de los más diversos signos que tanto perjudican la convivencia armónica en el mundo.

En mi formación espírita, los textos de Kardec fueron y continúan siendo mi mejor referencia, pero no los adopto como obras infalibles o definitivas sino como punto de partida y base de sustentación de una formidable cosmovisión de base espiritualista que ofrece un excelente acercamiento al entendimiento de Dios y la creación, del espíritu y la materia, del mundo y del hombre, de la evolución cósmica. Considero, además de agradecer, que la valiosa aportación de Kardec nos permite pensar a partir de lo pensado y no tener que empezar a partir de cero.

Creo que la diversidad es un valor, una riqueza de la vida, de lo humano, del espíritu, del cosmos. Ofrece posibilidades siempre nuevas. Hay más riqueza en lo múltiple que en lo uno, en lo plural más que en lo uniforme, en la polifonía más que en la monotonía o la uniformidad. Pretender reducir lo múltiple a lo uno es ir contra la naturaleza misma de las cosas. Naturalmente, se debe entender que

es necesario compaginar el derecho a la diversidad con el derecho a la igualdad, el reconocimiento de la propia dignidad con la dignidad de los demás, el valor de todas las culturas sin exclusiones.

Por reconocer la variedad de las personas y de sus formas de pensar, me reafirmo en el poder creador del diálogo. Precisamente, cuanto más diferentes son las opiniones y las creencias, más necesario se hace el diálogo. Diálogo entre iguales y sin jerarquizaciones previas. Valoro la argumentación razonada, honesta, sin imposiciones dogmáticas, ni apoyadas en un supuesto principio de autoridad. Creo en el derecho de criticar cualquier idea, pero no me gustan los ataques ad hominem, porque todas las personas merecen respeto y tienen derecho a pensar sin presiones ni ataduras y a manifestar libremente sus opiniones.

Debo mucho al humanismo espírita que anidó tempranamente en mi alma y se convirtió en la brújula que orientaría en adelante mi pensamiento y mis pasos. Probablemente encontró resonancias en los pliegues profundos de mi memoria palingenésica, porque, desde que me conozco cobré conciencia de que estoy hecho para la reflexión y no para la genuflexión.

Con frecuencia suelo formular una estimulante invitación a pensar, no a pensar como yo pienso, sino simple y llanamente a pensar. Si este libro contribuye a que eso suceda, especialmente dentro del movimiento espírita, me sentiré altamente complacido.

JON AIZPÚRUA

Murcia, España, otoño de 2025

1

DOS MIRADAS EN TORNO DEL HUMANISMO

El término humanismo se puede entender si se toman en cuenta dos significados. En sentido histórico alude a la actitud que se concreta entre los siglos XIV y XVI, por la cual la antigüedad clásica, revivida por medio del estudio de las *humanae litterae*, es decir, de las lenguas clásicas y de las obras maestras de la literatura grecorromana, se pone como ideal y modelo de la educación del hombre completo y constituye la base de su perfeccionamiento.

El objetivo básico del conocimiento es el Hombre, (término aquí adoptado en la genérica acepción de representante del reino hominal), y la significación de la vida, y en función de este cometido han de plantearse las cuestiones

antropológicas, sociológicas y cosmológicas. El otro sentido, más amplio, universalista, está referido a la exaltación del espíritu humano en su libre actividad, fuera de toda constricción y de toda autoridad, esto es, sujeto equipado con el privilegio de la libertad, convertido en el actor de sí mismo y de la construcción del mundo.

Ambas visiones coinciden en lo esencial de su reflexión acerca de la problemática del hombre, por lo que podría decirse que el humanismo ha existido siempre, aunque se haya expresado de muy diversas maneras. Ciertamente es que no hay contradicción ni exclusión entre ambos significados, y que podrían integrarse mutuamente si se concibe a la antigüedad clásica como un paradigma elevado a referencia perenne sustentado en la afirmación esperanzada de la facultad humana de progreso en el ámbito del conocimiento y en el territorio del mejoramiento ético, individual y social.

Humanismo histórico

Una mirada retrospectiva a todos los espacios y tiempos culturales lleva a entender el impulso humanístico como eje constitutivo de toda gran vértebra de las culturas humanas traducido en

conquistas espirituales, y a considerar como antecedente lejano del humanismo renacentista a una variopinta gama de manifestaciones filosóficas y religiosas que de un modo u otro, por vías más racionales o místicas según el caso, afirmaron la noción de la centralidad del ser humano y provocaron auténticas mutaciones del pensamiento y la conciencia.

Cabe señalar, por ejemplo, como un momento particular de singular trascendencia al siglo VI a.C, en el que emergió una pluralidad de voces, en distintos escenarios, que tendían a la configuración de nuevos modelos mentales, psicológicos o espirituales, para orientar las creencias y actitudes de las personas o de los pueblos. Aquel fue el siglo de Buddha, el de los grandes profetas de Israel y la consecuente transformación de la religión de este pueblo, el de Zoroastro en Persia, el de Confucio y Lao Tse en China, el siglo de la renovación dravídica en la India, y por si fuera poco, el inicio del esplendor filosófico en Grecia. Por distintas que sean las causas circunstanciales que coadyuvieron en cada una de las culturas y religiones a la transformación de la conciencia, resaltando entre ellas el protagonismo de personalidades decisivas, el hecho común fue que se llevó a cabo una revisión de las bases religiosas imperantes y hubo un tránsito de lo cosmológico a lo

antropológico, que hizo del ser humano el epicentro de la sociedad en tanto que actor y responsable de su propio mejoramiento.

Si bien se daría en aquella época el inicio de la carrera humanista, con sus altos y sus bajos, habría que esperar mucho tiempo para que encontrara su más precisa manifestación, una vez que se hubiese afrontado el dogmatismo y la férrea intolerancia que imperaban en el seno de la cristiandad. Fue, hace ahora seis siglos, cuando se produjo en Europa una formidable renovación en el plano de las ideas que estaba destinada a tener las mayores consecuencias y a modificar profundamente las artes, las letras, las ciencias y la propia concepción que el ser humano tenía de sí mismo y del mundo que le rodeaba.

Esa poderosa revolución no fue decretada por ningún poder público, no fue pensada como parte de la estrategia política de un Estado, nada tuvo que ver con manifestaciones políticas. Fue, realmente, la obra gigantesca de intelectuales, sin poder político o religioso, que impulsaron, con una audacia de pioneros, la empresa de redescubrir al ser humano y colocarlo en el punto de mira de sus preocupaciones y estudios. Humanistas es el honroso título con el cual estos sembradores de ideas serían distinguidos por la posteridad.

En tanto que movimiento agitador del pensamiento dominante, el humanismo tuvo importantes precursores en el siglo XIV, con autores como Petrarca y Bocaccio, que reivindicaron en su monumental producción literaria el derecho de toda persona a pensar con libertad y darse sus propias respuestas ante las incógnitas que planteaban los asuntos filosóficos o teológicos. Puntualmente, frente a la visión teocéntrica imperante en el medioevo, se propuso realzar una concepción antropocéntrica sin que tal intención implicase que se prescindía de las ideas cardinales de Dios y la inmortalidad del alma.



¿SABÍA USTED?

Entre los humanistas italianos destacaron por su trascendencia, Francesco Petrarca y Giovanni Bocaccio quienes impulsaron una importante labor de recuperación de textos clásicos y abrieron nuevos caminos a la literatura y la filosofía mediante la reivindicación del ejercicio de la libertad de pensamiento. Sus escritos y traducciones pusieron las bases de la nueva cultura humanista y renacentista.



*Francesco
Petrarca
(1304–1374)*



*Giovanni
Bocaccio
(1313–1375)*

Surgido en torno del 1400 en las ciudades-estado italianas, el humanismo se fue extendiendo por buena parte del continente europeo a lo largo de varios siglos hasta encontrar su plenitud en el Renacimiento. En el curso de aquellas centurias se había producido una imponente expansión económica, que dio como resultado que los nobles y burgueses estuviesen muy dispuestos a respaldar las diversas manifestaciones culturales, que hasta entonces constituían un coto privado de la iglesia y las grandes cortes. En aquel ambiente agitado resaltaba la necesidad de una educación más vinculada a la adquisición de conocimientos de mayor utilidad social que la que se derivaba de los estudios teológicos, y esto se tradujo paulatinamente en invenciones y descubrimientos de notable importancia para las personas y las naciones.

Se entiende, por tanto, que el empuje de los ideales humanistas se desarrollase en una época de profundas mutaciones: el paso del feudalismo hacia un capitalismo incipiente en el que la artesanía y el comercio encontraban una mayor libertad para extender sus actividades; de la cristiandad medieval a la Reforma, movimiento que puso de manifiesto el creciente desprestigio de la iglesia de occidente, más atenta a su propio enriquecimiento material que a la dirección espiritual de sus fieles; de la

dispersión del poder político a la concentración en el Estado moderno, de la vida rural a la urbana, de la concepción geocéntrica al heliocentrismo, de las verdades cristalizadas contenidas en el *Trivium* y el *Quadrivium* a la práctica científica basada en el método experimental, culminando con la ampliación del mundo conocido en razón del descubrimiento de América por los europeos.

Necesitados de un retorno a las fuentes del saber antiguo que tanto admiraban, los humanistas hallaron su inspiración en algunas tendencias filosóficas que habían germinado en la Grecia clásica: recuperaron enfoques epicúreos soportados en un equilibrado hedonismo; retomaron los valores críticos del escepticismo e hicieron prevalecer las tesis platónicas sobre la escolástica aristotélica, y prosiguiendo con este empeño, rescataron los principios y valores del neoplatonismo. En el marco de este ambiente revisionista, en el que la discusión científica pudo liberarse de la horma aristotélica, animaron la creación de academias como lugares de encuentro e intercambio de corrientes intelectuales y fue así que florecieron esos centros del saber y de la libertad en algunas ciudades europeas localizadas en España, Francia, Inglaterra, Alemania y Países Bajos, pero principalmente en Italia bajo la protección de los Medici.

Sobre esa base, el humanismo de raíz platónica, combinado con elementos cristianos, alcanzaría su más alta cota en las obras originales de pensadores de la talla de Marsilio Ficino, Pico della Mirándola, Nicolás Maquiavelo, Tomás Moro, Antonio de Nebrija, Juan Luis Vives, Erasmo de Rotterdam y Giordano Bruno, y de artistas que concitaron la admiración general por sus geniales creaciones durante los períodos del Quattrocento y del Cinquecento, entre los cuales bastaría mencionar los nombres gloriosos de Filippo Brunelleschi, Donatello, Sandro Botticelli, Rafael Sanzio, Tiziano Vecelli, Miguel Ángel Buonarroti y Leonardo da Vinci, solo para hacer referencia a los más conocidos.

En lo que se refiere a su orientación pedagógica, ha de recordarse que rechazaron la rigidez de la instrucción escolástica y continuaron la idea matriz de la *paideia* griega y de la *humanitatis* latina, en el sentido de que la meta era la formación del hombre ideal, fusión de sabiduría y de moral, que asumía la condición del maestro-educador, encargado de una instrucción que se exponía no solo como transmisión de saberes sino también como ejemplo de virtud y asunción interior de valores. Estas consideraciones éticas animaron a aquellos pensadores a rechazar la deriva relativista por la que se deslizaba el humanismo

pragmático de los sofistas griegos, resumida en el principio que servía de eje a las exposiciones de Protágoras según el cual el hombre es la medida de todas las cosas, y por oposición reivindicaban la voz de Sócrates y los diálogos de Platón para cubrir la necesidad de un centro espiritual o divino, de un centro de valores de solidez permanente sobre el cual vertebrar el universo humano.

Los humanistas, sobre todo los italianos, ejercieron una poderosa influencia sobre la educación elemental y universitaria de su país. Pronto las humanidades se convierten en un ciclo bien definido de materias de estudio: gramática, retórica, artes, poesía, historia y filosofía moral. Se trata de asignaturas dedicadas a asuntos mundanos o seculares, en contraste con las materias predominantes del programa anterior, que enseñaba teología, metafísica, matemáticas y medicina. Aunque en rigor no existía incompatibilidad entre ambos currículos, sí que eran independientes y el propósito renovador de los humanistas estaba claramente definido.

Aquel hombre admirable, en el que se conjugaban el amor al estudio; la búsqueda afanosa del conocimiento en la literatura, en la filosofía y en las disciplinas del lenguaje; la pasión por las artes plásticas y la arquitectura; así como su interés

por la ciencia, prefiguró al personaje modélico del Renacimiento, cuya amplia formación le permitía moverse cómodamente en los medios intelectuales, artísticos y políticos. Posiblemente, sería Leonardo da Vinci, con su notable inteligencia, reconocida vocación humanista, insaciable curiosidad, exacerbado perfeccionismo y exquisita sensibilidad, quien llegaría a ser reconocido como el paradigma del hombre completo idealizado en aquel movimiento.



En el contexto de este panorama histórico, el humanismo renacentista se tradujo en una cultura esencialmente integradora que procuró armonizar la vitalidad, las formas estéticas y los presupuestos intelectuales del mundo antiguo con las condiciones requeridas por los nuevos tiempos, aun cuando los cambios deseados y producidos no desdeñasen la tradición cristiana ni implicasen una ruptura radical con las directrices establecidas por la iglesia católica, verdadero centro del poder religioso, cultural, social, económico y político.

Humanismo universalista

Evaluable en sus dimensiones y potencialidades, el moderno humanismo posee una actualidad con aires de perennidad, por haber conseguido establecer una relación de continuidad con respecto a las tradiciones humanistas que le precedieron, y sobre esa base abrirse a nuevas y vigorosas actualizaciones que le permiten trascender los límites conceptuales y temporales de aquellas fases anteriores hasta consolidarse como una profunda reflexión acerca del sentido de la existencia y proyectarse hasta nuestros días, reivindicando el derecho que asiste a todas las personas a valerse de la razón en tanto que instrumento privilegiado para el conocimiento de sí mismas y de cuánto les rodea, sea de orden físico o espiritual.

Es por esa cualidad renovadora que el humanismo sobrevivió en los pensadores racionalistas y empiristas, como ejemplo a ser seguido por los ilustrados y los enciclopedistas hasta permear casi todas las corrientes intelectuales contemporáneas, muchas veces adjetivándolas y dando origen a un vistoso despliegue de diversos humanismos que se expresan habitualmente con los rótulos de humanismo utópico, humanismo positivista, humanismo marxista,

humanismo socialista, humanismo libertario, humanismo existencialista, humanismo cristiano, humanismo secular, humanismo espiritualista, y hasta se ha llegado a proponer de manera explícita un humanismo ateo. Cada uno representa un enfoque particular y entre ellos hay marcadas diferencias filosóficas e ideológicas, aunque todos coinciden en que su perspectiva humanista nace de una declaración de confianza en la centralidad del hombre, esto es, de su protagonismo y responsabilidad en la construcción de su propio destino.

El universalismo del proyecto humanístico actual se constituye en un eje articulador de disciplinas y campos de la creatividad, en torno del cual se extiende un arco en el que caben todos los saberes e interpretaciones. Desde esta amplia perspectiva son tratadas, y muy bien, las artes, la literatura, las ciencias naturales y sociales, las aplicaciones de la tecnología, y otras especialidades como la cibernética y la informática, que han emergido a partir de la segunda mitad del siglo XX. Del mismo modo que el humanismo renacentista hizo de la imprenta una verdadera y revolucionaria vía de difusión, consolidación y expansión del programa promovido, igualmente el instrumento digital aparece en el presente como un recurso

poderoso e indispensable ya incorporado a todas las actividades científicas, económicas, administrativas, educacionales y sociales, y que ha modificado la totalidad de las actividades humanas.

Uno de los signos de nuestro tiempo - con su multiplicidad de filosofías, escuelas, enfoques, disciplinas, especialidades, métodos y técnicas - se expresa en la necesidad imperiosa de una mayor coordinación, de una más profunda unión e integración en un diálogo fecundo entre las personas y grupos que piensan y se guían por principios, ideologías y proyectos diferentes, para ver más claro, para descubrir nuevos significados en esta nebulosidad ideológica que envuelve a la humanidad. Con el diálogo como instrumento operativo se pretende asimilar, o al menos comprender las perspectivas de los otros, y también desarrollar, en un esfuerzo conjunto, los instrumentos conceptuales y metodológicos que facilitan la construcción de un nuevo espacio intelectual y de una plataforma mental y vivencial compartida, sea dentro del núcleo familiar o sea en el ambiente social, laboral, empresarial o recreativa. Este es el sentido de la noción de alteridad tan cara al moderno humanismo: más que tratar de buscar el punto débil de lo dicho por el otro y aplastar esa opinión

contraria, intentar sopesar su verdadero valor, su fuerza y su riqueza, por medio de un verdadero intercambio que promueva una gran apertura y en consecuencia un notable enriquecimiento intelectual, social y espiritual.

En lo atinente a su propuesta pedagógica, el humanismo de nuestro tiempo no se limita a enseñar humanidades en las escuelas y facultades especializadas, sino que más bien presenta un programa cuyos contenidos se insertan sin dificultades en todos los conocimientos que atienden a las necesidades del mundo actual. A este propósito recomienda que las instituciones educativas de todo nivel formen niños y adultos, mujeres y hombres, personas, en fin, con una conciencia total del saber, de lo que es permanente y cambiante en la vida del ser humano, de su unidad y solidaridad, de su significación y destino en el decurso de la evolución planetaria y cósmica.

La universalidad del humanismo contemporáneo, redimensionado como una constante de valor pluricultural que atraviesa el mundo del pensamiento con un enfoque inter y transdisciplinario, convoca a un diálogo provechoso que pueda lograr la unidad en el marco de la diversidad cultural que

es inherente a los seres humanos, a los pueblos y a las civilizaciones. También demanda una globalización, hasta ahora solo planteada en términos de mercado, reconducida en términos de valores humanísticos, con la finalidad de superar las desorientaciones y desvíos a los que conduce la disminución de la conciencia moral e histórica. En esto se fundaría la imprescindible nueva vida del humanismo y la pervivencia de su tradición como instrumento de acción de cara al presente y al futuro. La reivindicación del sentido universalista del humanismo no sería tan solo un ejercicio de honestidad intelectual, sino también una reclamación urgente y actual de la vida práctica como reflejo y consecuencia de las nociones teóricas.

2

HUMANISMO ESPÍRITA

Conforme a la pluralidad de humanismos antes señalada, es justo y apropiado hablar del humanismo espírita, ya que hay suficientes motivos para catalogar así al sistema de pensamiento fundado y organizado por el pedagogo francés Allan Kardec a mediados del siglo XIX, al cual denominó espiritismo y definió en estos términos:

“El espiritismo es a la vez una ciencia de observación y una doctrina filosófica. Como ciencia práctica, consiste en las relaciones que pueden establecerse con los Espíritus, como doctrina filosófica, comprende todas las consecuencias morales que se desprenden de semejantes relaciones” (KARDEC, 1996, p.10).

Parafraseando una conocida sentencia pronunciada por Jean Paúl Sartre para caracterizar al

existencialismo, puede apuntarse con entera legitimidad que el espiritismo es un humanismo, que postula una antropología trascendental, la cual, aun siendo de raíz deísta y espiritualista, coloca el foco de su preocupación ética y social en el hombre, encarnado o desencarnado, a la vez que estimula su participación protagónica en la lucha que permanentemente ha de librar para enfrentar los avatares de la vida. A tono con esta línea argumental, se puede añadir que, dada la singularidad de sus postulados esenciales, sustentados en la razón y la experimentación, antes que la fe o los dogmas, y en los cuales no hay cabida para lo sobrenatural puesto que todo cuanto existe funciona de conformidad con leyes naturales, el espiritismo exhibe suficientes argumentos para ser aceptado como un nuevo humanismo o un humanismo espiritualista e integral.

La bibliografía espiritista da buena cuenta de esta consideración. A los libros publicados por Kardec sigue una extensa nómina de obras filosóficas cuyo contenido y orientación apuntalan la postura inequívocamente humanista que se desprende de las tesis espíritas, todas centradas, como se ha dicho, en la promoción del ser humano y su ennoblecimiento. De la inmensa lista de pensadores y autores que nos han legado una formidable

producción intelectual orientada hacia la ratificación de la vocación humanista que se deriva de la visión espírita desde múltiples perspectivas, filosóficas, científicas, sociológicas, históricas o pedagógicas, citaremos apenas algunos entre los más destacados: Léon Denis, Gabriel Delanne, Gustavo Geley, Louis Lafourcade, André Dumas, Jacques Pecatte (**Francia**); Ernesto Bozzano (**Italia**); José María Fernández Colavida, Manuel González Soriano, Amalia Domingo y Soler, Manuel Sanz Benito, Miguel Vives y Vives, Salvador Sellés, Manuel Navarro Murillo, Quintín López Gómez, Humbert Torres, Josep Casanovas Llardent, David Santamaría, Juan José Torres, Antonio Lledó, Mercedes García de la Torre, Pilar Domenech (**España**); Antonio Joaquim Freire, Antonio Eduardo Lobo Vilela, Amelia Cardia, Isidoro Duarte Santos, João Gonçalves (**Portugal**); Cosme Mariño, Manuel Porteiro, Santiago Bossero, Luis di Cristóforo Postiglioni, Humberto Mariotti, Natalio Ceccarini, César Bogo, Florentino Barrera, Dante Culzoni, Hermas Culzoni, Mario Molfino, Dante López, Raúl Drubich (**Argentina**); Luis Zea Uribe, Colombia de Martínez (**Colombia**); Rogelio Fernández Güell (**Costa Rica**); Ernesto Moog (**Chile**); Salvador Molina, Francisco Armenteros y Estrada, Antonio Soto Paz Basulto (**Cuba**); Pedro Álvarez y Gasca (**México**);

Rosendo Matienzo Cintrón, Agustina Guffain de Doittau, Lola Baldoni Pérez, Luisa Capetillo, Ramón Negrón Flores, William Colón, Néstor Rodríguez Escudero, Luz Santana Peña, Pablo Serrano, José Arroyo, Clara Román (**Puerto Rico**); Jesús Enrique Lossada, David Grossvater, Rosa Virginia Martínez, Pedro Barboza de la Torre, Daniel Guerra Iñíguez, Yolanda Clavijo (**Venezuela**); Angeli Torteroli, Cairbar Schutel, Carlos Imbassahy, Deolindo Amorim, Pedro Granja, Herculano Pires, Ney Lobo, Herminio Miranda, Nazareno Tourinho, Gelio Lacerda da Silva, Carlos Bernardo Loureiro, Freitas Nobre, Jaci Regis, Krishnamurti de Carvalho Dias, Aylton Paiva, Milton Medrán Moreira, Dora Incontri, Wilson García, José Lázaro Boberg, Matheus Laureano, Paulo Henrique de Figueiredo, Marcelo Henrique, Ademair Chioro dos Reis, Reinaldo di Lucía, Luis Signates, Salomao Jacob Benchaya, Jacira Jacinto da Silva, Mauro de Mesquita Spinola, Alcione Moreno, Ricardo Nunes, Elías Moraes, Alexandre Cardia Machado, Roberto Rufo, Bruno Lins Quintanilha, Marcio Sales Saraiva, Marcelo Teixeira (**Brasil**), y tantísimos más que, en caso de mencionarlos a todos, habría que llenar numerosas cuartillas.

Aquí corresponde una mención especial para el pensador y escritor brasileiro Eugenio Lara,

prematuramente fallecido en 2024, entusiasta partidario de un espiritismo laico, librepensador, progresista y decididamente humanista. Eugenio nos legó un libro formidable, nacido de la reunión de su amplia cultura y su sólida convicción espírita, cuyo contenido reúne observaciones de gran valor y lúcidas reflexiones para reafirmar el carácter humanista del espiritismo, en perfecta sintonía con la orientación expuesta en el presente trabajo:

“Dadas sus peculiaridades, su singularidad en relación con las diversas corrientes humanistas, el Humanismo, bajo la óptica del espiritismo, carecería de adjetivación - espírita o kardecista – como un modo de expresar su propia identidad: libre, independiente y autónoma. O sea, cuando pensamos en Humanismo Espírita o Kardecista, tenemos que considerar su fundamento primordial, que es la razón de ser de la filosofía espírita: el estudio experimental y reflexivo del Espíritu, el elemento inteligente del Universo. Al lado de la Materia, como elemento también básico, estructural del Universo, el Espíritu, individualizado, se muestra inmanente y trascendente, perfectible, sujeto al determinismo natural, al proceso evolutivo, a la evolución intelectual, moral y psíquica, a la palingénesis y a las leyes que engendran el proceso

de selección natural. El espíritu es el hombre. El hombre es el espíritu". (LARA, 2012, p.3).



¿SABÍA USTED?

En su obra pionera *"Breve ensayo sobre el humanismo espírita"*, Eugenio Lara examina las bases filosóficas, sociológicas, éticas y estéticas sobre las cuales se sustenta el espiritismo y reafirma su carácter nítidamente humanista.



Ni religión ni materialismo

La versión humanista que se desprende del espiritualismo espírita proclama su distancia con respecto a aquellos otros humanismos que se inscriben, algunos, en una cosmovisión religiosa más o menos confesional, mientras que otros se decantan por una interpretación materialista, agnóstica o atea, lo que no significa disminuir los méritos de sus tesis y de sus auténticas inquietudes a favor del bienestar humano. Pero lo cierto es que el pensamiento espírita se desmarca del dogmatismo inherente a las concepciones religiosas, orientales u occidentales, igual que del no menos dogmático escepticismo materialista, sea que derive de las tesis de Feuerbach o de Marx, de Nietzsche o de Sartre.

No puede ser de otra manera. El humanismo kardecista escapa de ambas posiciones extremas: de una que se sustenta en arcaicos e incomprensibles dogmas relativos al origen, naturaleza y destino del alma, y de otra, que por desconocer y negar toda noción de trascendencia espiritual se reafirma en un enfoque reduccionista según el cual *"la esencia del hombre no tiene esencia"* o *"el hombre es una pasión inútil"*, siguiendo a Ortega y Gasset o a Sartre, respectivamente. De un lado se condena a la criatura humana a creer y aceptar sin entender, y del otro se le sentencia a morir sin esperanza. A la luz del espiritismo la perspectiva es completamente distinta: el espíritu precede al organismo físico: preexiste, existe, coexiste y subsiste; es, sabe que es y comprende por qué y para qué es, al hacer uso responsable de las luces proporcionadas por su razón e inteligencia. Con su propuesta de fe racionada, situaba Kardec al espiritismo en una perspectiva dialéctica que le permite superar las posiciones antagónicas de las religiones y del materialismo, mediante una síntesis fundada en la postulación de la condición espiritual del hombre en términos de razón y ciencia:

"Fe indestructible solo es aquella que puede encarar frente a frente a la razón, en todas las épocas de la humanidad". (KARDEC, 1994, p.249).

Encarnados y desencarnados

Conforme a la mirada que ofrece el humanismo espírita, no hay separación radical o definitiva entre el 'más allá' y el 'más acá', situaciones o experiencias éstas que se plantean como escenarios en los que el espíritu se alterna en innumerables fases como encarnado o desencarnado, atendiendo a las leyes que gobiernan la evolución palingenésica, cuyo conocimiento y comprensión nos libera del temor a la muerte y del dolor causado por la creencia de haber perdido para siempre a los seres que amamos. Nada que ver con las concepciones teológicas del cielo o del infierno como destinos eternos e inmodificables que según la creencia común esperan fatalmente a las personas después de la muerte.

Puede verse así que el centro de las preocupaciones que se derivan de la antropología espírita sigue siendo el sujeto humano, tanto si se hace referencia al hombre físico o al hombre extrafísico, encarnado o desencarnado, visible o invisible. La muerte no involucra ruptura sino continuidad, y en consecuencia no disfruta de felicidad cualquier ser espiritual que se encuentre en el plano desencarnado si no se ha esforzado previamente para conquistarla durante su etapa como encarnado. Un mayor grado de bienestar

o de turbación en el nivel espiritual depende del comportamiento previo en la vida carnal. La muerte o desencarnación no cambia, sustancialmente, al espíritu. Solo se modifica transitoriamente el plano de su actuación, vinculado o no a un organismo biológico. Encarnado o desencarnado, el ser es el mismo, con sus virtudes o defectos, con sus creencias, hábitos, tendencias o inclinaciones.



¿SABÍA USTED?

A la luz del espiritismo, no tiene sentido hablar de ‘vivos’ y ‘muertos’ sino de espíritus encarnados y desencarnados. Igual se puede decir del ‘más acá’ o del ‘más allá’. Unos constituyen la humanidad visible y otros la humanidad invisible, dimensiones transitorias que se hallan en permanente interacción e intercambio siguiendo el proceso reencarnatorio.

Desde esta óptica, las tesis cardinales que informan el corpus doctrinario del espiritismo, relativas a la comprensión deísta y no antropomórfica de Dios, *"inteligencia suprema y causa primera de todas las cosas"*; la existencia del espíritu, creado *"simple e ignorante"* y destinado a la perfección; las sucesivas experiencias reencarnatorias vinculadas entre sí por mecanismos dinámicos de causalidad en el marco de un proceso interexistencial; las múltiples relaciones

derivadas del intercambio mediúmnic entre los seres espirituales de ambas dimensiones; no se traducen en ideas, conductas o posturas conservadoras, no representan formas de alienación de la conciencia moral o social, ni tienen el propósito de manipular a los individuos para convertirlos en adeptos domesticados o en agresivos fanáticos, obsesionados con creencias místicas o fantasiosas, ni de distanciarlos del cumplimiento de sus responsabilidades particulares, familiares, cívicas o sociales.

El humanismo espírita concibe al hombre encarnado como unidad sustancial e indivisible de cuerpo y alma, dotado de facultades psicológicas como el pensamiento, la memoria o la voluntad y de una afectividad, mucho más desarrolladas que en las especies de las cuales ha emergido en el decurso de la evolución; de facultades psíquicas paranormales y mediúmnicas que amplían el espectro de sus percepciones sensoriales para entrar en contacto con realidades suprasensibles que trascienden las categorías conocidas del tiempo y el espacio y permiten la comunicación a través de personas sensitivas, los médiums, por diferentes vías y condiciones con las entidades desencarnadas, que son entidades humanas participando temporalmente de una dimensión extracorpórea.

Espíritu, historia y sociedad

Por su conciencia moral el ser humano puede elegir y decidir conforme a su libre albedrío; se hace titular de derechos, deberes y responsabilidades que el orden social del que forma parte debe tutelar y que nadie está autorizado a conculcar; y cuando se eleva sobre sus imperfecciones, hace de las virtudes los principios cardinales que orientan y rigen su existencia. Ejerciendo su libre albedrío; asumiendo la responsabilidad por sus acciones; apegándose a la verdad y a la honestidad en sus pensamientos, palabras y conductas; y experimentando el amor y el perdón en las relaciones con sus semejantes, la criatura humana disfrutará de mayor bienestar físico y espiritual y alcanzará nuevos y más elevados peldaños en su trayectoria ascendente.

El modelo humanístico espírita y su perspectiva holística, no promueve un tipo de hombre desvinculado del momento histórico en que le toca vivir o que se muestre insensible a los requerimientos que lleva consigo el progreso de la sociedad, tanto en lo que atañe a las relaciones con las demás personas, como en todo aquello que le vincula con todos los seres vivos y el conjunto de la naturaleza. En efecto, el modelo kardecista se aleja considerablemente de propuestas mesiánicas que garantizan la ‘salvación’

por el hecho de adoptar determinadas creencias; o de cualquier misticismo que tienda a transformarlo en un ser apático, negacionista, evasivo, aislado de la realidad social que le circunda, y que trate de justificar su opción individualista en nombre de un camino o método que le llevaría hacia una pretendida ascesis espiritual, que no es más que evasión egoísta del compromiso que el espíritu ha adquirido para su mejoramiento en el escenario de la vida encarnada y para entregar su contribución al progreso general de la humanidad. No caben pues, en la visión espírita, las concepciones teológicas fundamentalistas que se enfocan en la exaltación de la vida 'espiritual' como si ella estuviera desvinculada de la vida 'material', y en consecuencia suponen al mundo como 'un valle de lágrimas' en el cual toda persona sufre los castigos de Dios por su pecado 'original' y se amolda con resignación al dolor y al sufrimiento, tenidas por pruebas que inevitablemente ha de superar para su redención.

Con la misma resolución, el espiritismo toma distancia de los sistemas de pensamiento que hacen del hombre un instrumento pragmático para satisfacer los intereses del mercado, igual que de aquellos que lo someten a ideologías materialistas que se asientan sobre una visión reducida del

hombre, al que se le impone servir a un estado totalitario en detrimento de su propia plenitud como ser libre y perfectible, participando conscientemente en la tarea común de alcanzar una convivencia social más justa y fraterna.

Compromiso espírita

De un examen desprejuiciado bien puede apreciarse que la doctrina kardecista constituye una valiosa fuente de enseñanzas, no solo en lo que respecta a los asuntos espirituales, o del 'más allá' como se suele decir en la expresión popular, sino en todas las cuestiones de orden teórico o práctico, de carácter moral o social, que atañen al espíritu encarnado, protagonista de su camino evolutivo, libre para tomar decisiones y responsable para asumir sus consecuencias. Por ello, la ética general que se deriva del humanismo espírita promueve determinados compromisos que, en su conjunto, configuran una cultura moral y espiritual capaz de ofrecer a la humanidad una alternativa universalista, progresista y amorosa, en la cual se contemplan los valores fundamentales que apuntan a la edificación de un mundo renovado, en el que sus pobladores disfruten de un grado de felicidad cada vez mayor. El perfil de arquetipo humano ideal

que el espiritismo quiere formar está nítidamente dibujado en la persona que ama y sirve al prójimo; estudia y se provee de una formación integral; se ajusta a los cánones de una moral universalista, laica y librepensadora; está libre de fanatismos y supersticiones; y, en suma, conduce todos los actos de su vida animado de un espíritu de generosidad, solidaridad, justicia y responsabilidad.

No es por acaso, que el espiritismo, desde su fundación y elaboración a mediados del siglo XIX, se haya pronunciado a favor de las más nobles causas humanitarias en todo el mundo. En nombre de los principios espíritas se han denunciado en publicaciones y congresos, las injusticias, las desigualdades, las guerras, la esclavitud, la discriminación de las mujeres y de las minorías, el racismo, la xenofobia, el analfabetismo y el atraso en la educación, la pena de muerte, la censura y la persecución a la disidencia, el autoritarismo y la tiranía, a la vez que se reivindican y promueven el inalienable derecho a la vida; la libertad de pensamiento, de conciencia y de expresión; la libertad religiosa y política; la separación entre el estado y las iglesias; la educación laica y accesible a todos; la tolerancia; la sana convivencia familiar y ciudadana; los derechos de los trabajadores en

el marco de una justa relación entre el capital y el trabajo; el pacifismo y la solución no violenta de los conflictos entre las personas y las naciones; el cosmopolitismo; el sufragio universal y la vigencia del sistema democrático y el estado social de bienestar; los avances científicos; y en la cúspide de las aspiraciones, el imperio de la fraternidad universal.

En un breve ensayo que sería publicado en sus *Obras póstumas*, reiteraba Kardec su anhelo por un mundo mejor de conformidad con la célebre trilogía laica que identificó a la revolución francesa, conteniendo principios fundamentales e insustituibles para alcanzar un nuevo peldaño evolutivo, pero que debían ser iluminados por los principios morales enseñados por la doctrina espírita, en particular los que exhortan a vencer y superar el orgullo y el egoísmo, fuentes de la infelicidad humana:

“Libertad, Igualdad y Fraternidad: he aquí tres palabras que constituyen por sí solas el programa de todo un orden social que realizaría el progreso más absoluto de la humanidad, si los principios que las mismas representan pudieran recibir entera aplicación. Pero veamos los obstáculos que en el estado actual de la sociedad se oponen a ello, y busquemos el remedio en vista del mal”.
(KARDEC, 1995, p.158).

En los capítulos que siguen, se presenta un conjunto de consideraciones generales que facilitan la comprensión de las tesis esenciales que configuran la propuesta filosófica, cultural y ética del humanismo espírita al mundo contemporáneo.

3

LA CONDICIÓN HUMANA Y EL AUTOCONOCIMIENTO

¡Conócete a ti mismo!

En virtud de su incuestionable humanismo, el espiritismo se presenta como una filosofía racionalista y librepensadora que parte de la posibilidad de alcanzar un conocimiento verdadero del ser, en tanto que categoría ontológica, en su condición dual de espíritu y materia, mediante el uso de la razón y de los instrumentos que proporciona la ciencia, teóricos o nacidos de la investigación y la experimentación.

La exhortación al autoconocimiento data de épocas remotas y se hizo concreta en el período antropológico que inauguró Sócrates en la cultura helénica. Ante la preocupación de los filósofos que se interesaron por entender la naturaleza de la materia y las dimensiones del cosmos, el célebre

maestro ateniense reclamó que al descubridor del universo le era menester descubrirse primero a sí mismo, dando todo su contenido psicológico y espiritual al aforismo que identificaba al oráculo en Delfos: *"Hombre, conócete a ti mismo"*, que era una invitación a trascender el conocimiento sensorial de la apariencia corporal y penetrar por medio de la introspección en el conocimiento de la esencia espiritual, facilitando el autodescubrimiento.

Autoconocernos significa reconocernos como espíritus en permanente progreso y evolución como entidades trascendentes que nacemos, morimos, volvemos a nacer, erramos, sufrimos, aprendemos, rectificamos, cambiamos de rumbos y gradualmente nos superamos. Implica descubrir y comprender nuestro pasado y enlazarlo con nuestra condición actual, teniendo como horizonte un porvenir que dependerá de nosotros mismos en la mayor o menor disposición que tengamos para alejarnos del mal y en consecuencia avanzar hacia estados de mayor o menor felicidad. En esta bonita sentencia expresaba Víctor Hugo la noción de progreso eterno del espíritu humano:

"La cuna tiene un ayer y la tumba tiene un mañana". (MARIOTTI, 2018, p.49).

Siendo conscientes de que todos transitamos por este sendero evolutivo, al profundizar en nuestro autoconocimiento personal, lograremos entender por qué somos como somos y actuamos como actuamos; comprenderemos las raíces de nuestros pensamientos, sentimientos y emociones; descubriremos nuestras equivocaciones y aprenderemos a apartar el orgullo y el egoísmo; identificaremos nuestras fortalezas y debilidades; nos aceptaremos de manera honesta y realista; pediremos perdón y seremos perdonados; fortaleceremos las relaciones con los demás sabiendo rodearnos de personas afines que nos inspiren los más altos valores éticos y nos motiven para una vida saludable y exitosa.

Dios, creación y evolución cósmica

Al igual que cualquier otro conocimiento, el que está referido al ser humano debe ser contextualizado: Qué y quiénes somos se entienden como cuestiones inseparables de dónde estamos, de dónde venimos y a dónde vamos. La doctrina espírita, en su triple construcción de filosofía científica y moral, responde con precisión: una aventura evolutiva común ha embarcado al espíritu, a partir de su creación por Dios como entidad simple e ignorante. Siguiendo un proceso ascendente y constante de hominización,

el espíritu continúa su indetenible avance durante millones de años hasta alcanzar el estadio de *homo sapiens*. Y prosigue, conquistando su humanización en sucesivas existencias carnales, entablando relaciones familiares y sociales cada vez más definidas y complejas.

Por su origen común, cada individuo ha de reconocerse en la humanidad que globalmente integra, al mismo tiempo que comprende y asume la diversidad cultural inherente a lo humano. El yo necesita al tú y al nosotros, es decir, cada uno se consolida en el reconocimiento recíproco de la plenitud humana del otro. El individualismo egoísta debe ser superado por la alteridad solidaria, sin que eso signifique renuncia a la autonomía espiritual. Conocerse a sí mismo significa avanzar en el camino hacia la perfección, sin alcanzarla en términos absolutos puesto que tal condición corresponde solo a Dios, de acuerdo con la limitada posibilidad que tenemos de aproximarnos al entendimiento de la "*Inteligencia suprema y causa primera de todas las cosas*" (KARDEC, 1992, p.47), sea que empleemos la vía apofática, para referir mediante la negación, lo que no es ni puede ser Dios, o la vía catafática, que se sirve de afirmaciones positivas para describir los atributos de Dios. En cualquiera de esas alternativas,

las limitaciones de la razón y del lenguaje que son inherentes a la condición humana, no permiten ir más allá del reconocimiento de su existencia como una realidad metaempírica y por tanto no verificable con los instrumentos sensitivos y cognitivos de los que disponemos, y a la que nos aproximamos como una intuición ante la imponente majestuosidad del Universo o por la aplicación del principio de que *"todo efecto inteligente posee una causa inteligente"*.

Existe, claro está, y es la creencia que predomina de manera abrumadora en el mundo, la aceptación de Dios conforme a la fe que distingue a cada doctrina religiosa o teológica y que se suele expresar en una concepción teísta, en la que se aprecian atributos de carácter antropomórfico para identificar la divinidad. Por nuestra parte, suscribimos el humanismo espírita, laico y evolucionista, con su propuesta autónoma y no heterónoma respecto del ser humano y la vida, que se decanta por una concepción deísta que admite la existencia de Dios como creador del universo, pero que no acepta su intervención directa en el mundo de manera providencial sino a través de las leyes naturales que rigen en todo lo que existe, y en lugar de basar su convicción en dogmas o en las afirmaciones de los denominados libros sagrados, se sirve de la razón, del conocimiento, de

la investigación, para comprender la omnipresencia divina en el plan general del Universo.

Desde su visión antropológica y trascendental, la filosofía espiritista pasa, sin solución de continuidad, a conectarse con una admirable cosmología. Los enormes conocimientos que ha aportado la astronomía, sobre todo en los últimos dos siglos, obligan a situar al planeta Tierra en un rincón del universo en expansión, sin cualquier privilegio. Las cifras de distancias y de tiempos escapan a nuestra capacidad discursiva. La unidad astronómica, que es la distancia media de la Tierra al Sol, o sea, unos 150 millones de kilómetros, es todavía una unidad muy pequeña para medir los espacios estelares. Nuestro sistema solar, ya de por sí gigantesco para las dimensiones usuales, es un granito de arena imperceptible en ese universo de billones de galaxias, sistemas, estrellas y planetas. Que la próxima galaxia esté a dos millones de años luz nos deja atónitos, sobre todo si tomamos en cuenta que el año luz equivale a la distancia recorrida por la luz en un año a la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo. Algo parecido ocurre con los miles de millones de años transcurridos desde que comenzó la explosión inicial o big-bang. Todo esto nos obliga

a redimensionarnos en escalas casi minúsculas y por tanto a calificar de necedades y absurdos las guerras, las conquistas territoriales, los genocidios que se han producido a lo largo de la historia y todos los daños provocados por el ser humano como consecuencia de sus graves carencias morales.

Las gigantescas dimensiones del universo despiertan reacciones de asombro y admiración en el ser humano y le mueven a reflexionar acerca de su verdadera posición o significación, el sentido mismo de la existencia, su mayor o menor aporte al progreso general y la misma posibilidad de que haya otras y distintas manifestaciones de vida inteligente que hagan pensar que no estamos solos en esa vastedad cósmica.



Galáxia de Andrômeda
(8 de setembro de 2024)

Una mirada de gran alcance cósmico se impone a fin de colocarnos en una perspectiva holística que se fundamente en la interacción entre lo material y lo espiritual, entre los humanos encarnados y desencarnados; que promueva la noción del cosmopolitismo y la ciudadanía terrestre como identidad general de todos los habitantes del planeta; y que introduzca en la educación general

el principio de que el desarrollo económico y la capacitación para la producción y el consumo, han de estar subordinados a la formación integral de las personas, impulsando su desarrollo intelectual, afectivo, moral y espiritual.

4

HACIA UNA ESPIRITUALIDAD LAICA

Laicismo y estado laico

La noción de laicismo acompaña al espiritismo desde su aparición en el siglo XIX y no podía ser de otra manera vistos los principios de libertad de conciencia y de tolerancia que nutren su concepción del hombre y de la sociedad. Ya en el Primer Congreso Espiritista Internacional, celebrado en Barcelona en 1888, se aconsejaba

“El constante esfuerzo para difundir el laicismo por todas las esferas de la vida. La absoluta libertad de pensamiento, la enseñanza integral para ambos sexos y el cosmopolitismo como base de las relaciones sociales”. (FEDERACIÓN ESPÍRITA ESPAÑOLA, 1934, p.15)

Los mencionados principios se inspiran en la premisa de que las confesionalidades son experiencias espirituales, sociales y culturales que merecen atención, estudio y respeto, en tanto y en cuanto no contravengan los valores éticos comunes en una sociedad. Las adhesiones que consigan las diversas creencias religiosas son absolutamente válidas y generan hechos y derechos estrictamente particulares y han de ser protegidos por las legislaciones vigentes, por lo que nadie debe sentirse afectado en su derecho a elegir y practicar el culto de su preferencia, a la vez que ese principio relativo a la libertad de conciencia se aplica igualmente al derecho de no creer en alguna religión ni participar en cualquiera de sus ritos y ceremonias.

Se denomina **laicidad** a una concepción de la vida en la que se aboga por la ausencia de religión oficial en la dirección de los Estados, y por **laicismo** se entiende el movimiento histórico que reivindica la implantación de la laicidad. Sobre la base de sus fundamentos humanistas, se asume que la laicidad establece un vínculo común entre las personas por medio del cual se facilita que ellas convivan respetuosa y cordialmente, procesando sus diferentes opiniones en un ámbito civilizado y armónico. En

virtud de este ambiente social favorable a la sana convivencia, la vigencia y aplicación de los principios laicos de libertad de conciencia, de pensamiento, de expresión y de organización; la igualdad de derechos y obligaciones, así como la justicia social, constituyen la esencia misma del sistema democrático.

Conviene insistir en que un Estado laico, y por lo tanto aconfesional, no significa que sea antirreligioso o ateo. Toda creencia religiosa es respetable y debe siempre garantizarse a sus adeptos el derecho de vivirla íntimamente, compartirla con quienes se desea y difundirla sin restricciones. Diferentes son el clericalismo, tan extendido en las tradiciones judeocristianas, o las teocracias fundamentalistas islamistas, cuyas pretensiones de gozar de privilegios especiales en el ámbito social, de situarse por encima o al margen de la normativa civil o jurídica, o de imponer criterios teológicos en asuntos morales, jurídicos, científicos o educativos, contravienen derechos humanos básicos ya conquistados por la modernidad y que lastiman especialmente a las mujeres, y en no pocas ocasiones promueven persecuciones a minorías étnicas, sexuales o religiosas, y dan cobertura a movimientos políticos violentos y episodios de terrorismo.

Laicismo y espiritismo

Como es bien sabido, el espiritismo, desde sus inicios, a partir del acto fundacional que significó la aparición de *El Libro de los Espíritus* en 1857, enarboló la bandera del librepensamiento, resaltando el valor irrenunciable de la libertad que permite a cada ser humano ordenar sus creencias en materia de religión, de fe, de trascendencia, conforme a los dictados de su razón y sin temor a ser condenado, castigado, anatemizado o perseguido.

Claro está que el laicismo en el que se inscribe el espiritismo posee una base inequívocamente espiritualista. Muy distanciado de un laicismo materialista y ateo que promueve la indiferencia frente a las preguntas radicales de la existencia humana: su origen y destino, así como su referencia centrada en una explicación exclusivamente física, química, biológica, psicológica o sociológica de la vida y la muerte, el espiritismo reafirma el reconocimiento de la existencia de Dios como inteligencia suprema y causa primera de todas las cosas; del espíritu como entidad psíquica trascendente que preexiste al nacimiento y sobrevive después del fallecimiento; del proceso evolutivo ascendente del espíritu que se verifica en

innumerables y sucesivas existencias; de la incesante comunicación entre desencarnados y encarnados por diversidad de medios; y deriva de estos principios una cosmovisión humanista y progresista que convoca a la transformación personal y social, en el marco de los más elevados principios éticos.

Por una espiritualidad laica y amorosa

Invitando a la comprensión del sentido espiritual de la vida, insistiendo en el respeto pleno a la libertad de las personas y de los pueblos, y sustentado en la razón y en la ciencia, el espiritismo impulsa una espiritualidad laica, equidistante del escepticismo desesperanzador del materialismo y del dogmatismo sectario y ajeno a la ciencia y la racionalidad de las teologías. Una espiritualidad abierta, afectiva y tolerante, que, sobre la base de principios universales, promueva una cultura de entendimiento, convivencia, armonía, generosidad, solidaridad y fraternidad. Una espiritualidad que se reafirma en una cultura:

- De respeto por la vida en todas sus formas.
- Que garantice el ejercicio de la libertad de pensamiento, conciencia, y creencia.
- De no violencia, que promueva el encuentro y la solución pacífica de las controversias.

- De la solidaridad, que impulse la creación y consolidación de un orden mundial justo, en el que se borren las ignominiosas diferencias entre privilegiados y desheredados.
- De la verdad, en el plano de la trasmisión de la información y el conocimiento, que erradique la mentira.
- De la igualdad entre los pueblos, las nacionalidades, las etnias o identidades sexuales, donde no haya cabida para la discriminación.
- Del trabajo, reconocido como instrumento fundamental de la riqueza social, y que sea debidamente remunerado en un ambiente de relaciones justas y honestas entre empresarios y trabajadores.
- Que promueva el funcionamiento democrático en el ejercicio político de las naciones, sustentada en el sufragio libre y transparente, y que abogue por la erradicación de regímenes autoritarios o tiránicos, con independencia del signo ideológico con que se identifican.
- De amor y entendimiento entre los seres humanos, que comprometa a vencer el egoísmo con la generosidad, la maldad con la práctica del bien, el odio con el ejercicio del perdón, la agresividad con la ternura.

Conceptos como estos, y muchos otros que se pueden agregar, integran lo que denominamos una espiritualidad ética de orientación espírita, sustentada en la cultura de la plenitud del amor. Una espiritualidad que nos conduzca a un estado de liberación interior, de armonía con nosotros mismos y con los demás. Una espiritualidad que nos motive a estar siempre disponibles y sensibilizados para sintonizar, desde nuestra melodía interior todas las melodías de la vida y la naturaleza.

5

SOCIOLOGÍA ESPIRITUAL

Preocupación espírita por los problemas humanos

La justa comprensión de las tesis espíritas, de las que se deriva un conocimiento holístico del binomio espíritu-materia, del Ser en sus múltiples fases encarnadas y desencarnadas, del hombre como entidad bio-psico-socio-cultural-ambiental-espiritual, permite aprehender los vastos alcances del fenómeno humano y desmentir a quienes circunscriben al espiritismo apenas a una especulación metafísica sobre cuestiones del más allá. La gran mayoría de los pensadores espíritas se han encargado de esta tarea esclarecedora. Con estas palabras certeras lo expresaba el escritor brasileño Deolindo Amorim, notable personalidad de la cultura kardecista y

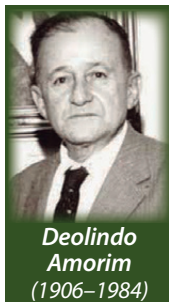
humanista, en uno de sus más conocidos libros:

“Con todos los problemas humanos tiene relación el espiritismo. Los problemas que competen, por ejemplo, a la sociología, a la historia, economía política y demás, corresponden, sin lugar a dudas, al círculo de la existencia material, porque se vinculan con lo que en la tierra denominamos “vida de relación”. Aun cuando no se trate propiamente de problemas espíritas (porque la naturaleza del espiritismo ha sido ya definida por sí misma en la denominación de su doctrina) no dejan de presentar puntos de contacto con el espiritismo.

?

¿SABÍA USTED?

Preocupado por darle al estudio del espiritismo una mayor fundamentación filosófica y pedagógica con la intención de superar los sistemas elementales de ‘adoctrinamiento’ o ‘evangelización’, Deolindo Amorim impulsó en Rio de Janeiro, en 1957, la creación del Instituto de Cultura Espírita do Brasil, en cuyas aulas los profesores cumplían una función didáctica mediante programas regulares de enseñanza espírita, con recomendaciones bibliográficas adaptadas a los temas que se estudiaban.



**Deolindo
Amorim**
(1906–1984)

No es de otro modo que siendo el hombre espíritu y materia, así también es el espiritismo una doctrina que tiene dos órdenes de pensamiento: el espiritual y el humano. Y ambos se complementan". (AMORIM, 1951, P.31).

El capítulo tercero de *El libro de los espíritus*, texto capital de la doctrina espírita, titulado *Leyes Morales*, puede considerarse como un verdadero tratado sociológico y político, que parte de la discusión acerca de las relaciones del hombre con Dios y sigue con el análisis de las relaciones del hombre con sus semejantes en el contexto de la organización social en que se desenvuelven. Confirma entonces que la filosofía espírita no se ocupa solamente de especular en torno de Dios o de la inmortalidad espiritual, sino que es, eminentemente práctica y normativa, por cuanto señala pautas generales que orientan la vida del hombre en sociedad.

Con el buen sentido didáctico que le caracterizaba, Kardec consideró el conjunto general de las leyes morales dividido en diez leyes específicas: Ley de Adoración, Ley del Trabajo, Ley de Reproducción, Ley de Conservación, Ley de Destrucción, Ley de Sociedad, Ley del Progreso, Ley de Igualdad, Ley de Libertad, Ley de Justicia, Amor y Caridad. Esta división

"no tiene nada de absoluto, como tampoco lo tienen los demás sistemas de clasificación, que dependen del punto de vista desde el cual se considera una cosa", dejaba claro el autor (KARDEC, 1992, p. 238), pero ayuda mucho a tener una visión panorámica acerca de los deberes y aspiraciones del ser humano en su relación con Dios y el mundo en que vive. El conocimiento de estas leyes confirma al espiritismo como una valiosa fuente de enseñanzas no solo en lo que se refiere a la vida extracorpórea sino además en todo lo atinente a los asuntos y problemas de la vida encarnada, y ponen de manifiesto que en este punto la doctrina espírita trasmite una sensación de lozanía y actualidad ya que los conceptos que expone están de acuerdo con las más novedosas teorías sociopolíticas de carácter humanista y numerosos puntos parecieran haber sido escritos recientemente.

Las lecciones espíritas derivadas de estas leyes, inducen a pensar que la misma noción de progreso debe ser redefinida, puesto que un desarrollo tecnológico y económico que no se traduzca en un mundo mejor y en una calidad de vida integralmente superior no puede considerarse progreso, asumido este valor como conquista evolutiva del espíritu obtenida de la concomitancia entre la inteligencia y la moralidad.

La marcha hacia un estado de progreso general de la humanidad es lenta, incesante, difícil y accidentada, porque implica vencer el egoísmo y el orgullo, principales obstáculos colocados en ese camino por la propia naturaleza humana. Para que el recorrido se acelere se requiere compromiso y voluntad. La conciencia dolorosa de la persistencia del hambre y de la miseria, de las desigualdades, así como la vulneración de los derechos humanos en el mundo, afectando principalmente a los más pobres, obliga moralmente a formar seres sensibles a las necesidades de los demás y a las injusticias que padecen. El individuo egoísta, aislado, que quiere todo para sí, debe ceder paso a un ciudadano altruista, solidario, que se preocupa por los que sufren y carecen sin dejar de atender sus propias demandas. Es preciso pues, reemplazar la cultura de tener-poseer por la cultura de cuidar-compartir. Tener y poseer, como fines en sí mismos, se ha convertido en la base de la sociedad materialista y mercantilista en la que vivimos, donde todo nos induce a consumir más y nos envuelve en la cultura de lo descartable, de lo fácilmente sustituible, en todos los órdenes de la vida y casi se podría decir que hasta invade el ámbito de las relaciones personales.

Un destacado estudioso contemporáneo del espiritismo, Ricardo de Moraes Nunes, reflexivo y culto defensor del kardecismo como visión laica y humanista y progresista, se pronuncia en este mismo sentido:

“En El libro de los espíritus hallamos varias tesis de carácter político y social. Si no encontramos un libro partidista en el sentido de tomar partido en lo que se refiere a las disputas por el poder en aquel momento histórico, encontramos una obra que abarca cuestiones políticas y sociales extremadamente relevantes y todavía pertinentes en la actualidad. El libro de los espíritus no es un libro metafísico que busca sustraer al hombre de su realidad concreta. Observamos en la obra fundadora de la filosofía espírita la discusión de varios temas sociológicos importantes. Cuestiones como la libertad de pensamiento, igualdad de la mujer, derecho de propiedad, organización social, y muchas otras allí están presentes a través de una reflexión avanzada tanto de parte de los espíritus como de Allan Kardec”. (NUNES, 2020, p.8).

La misión del espiritismo, además del conocimiento y autoconocimiento de la dimensión espiritual del ser humano, tiende a la formación integral de las personas para que no solo se

conmuevan ante los problemas de la realidad, sino que se muevan para cambiarla, puesto que no es suficiente preocuparse por la maldad que hay en el mundo, es urgente ocuparse en suprimirla.

Espiritismo, democracia y progreso social sin ataduras partidistas

En línea con la perspectiva humanista y progresista del pensamiento espírita, se sitúan las lúcidas reflexiones, con carga de profundidad filosófica y sociológica de corte humanista, que el periodista y escritor Milton Medrán Moreira ha dado a conocer en diversas crónicas publicadas en el periódico Opinião, que con lujo de aciertos dirigió durante treinta años (1994-2024), donde dejaba claro que el espiritismo, en tanto que estudio global del hombre encarnado y actuante en determinada organización social, también aborda el estudio de los temas políticos, pero sin adherirse a parcialidades partidistas. En una de sus orientadoras crónicas, encabezada con un título que no deja margen para las ambigüedades: "El compromiso del espiritismo con la democracia", el autor pasa revista a las relaciones y consecuencias que se derivan de la visión social espírita y ratifica su apuesta por una

sociedad del porvenir en donde se conjugarán y fecundarán recíprocamente la libertad y la justicia, dentro de un sistema sociopolítico de carácter democrático, inequívocamente opuesto a cualquier régimen autoritario y dictatorial:

“El espiritismo no es una doctrina política. Es, sí, una doctrina filosófico-moral, nacida de la experimentación científica sobre el fenómeno de la comunicabilidad de los espíritus. En su vasta obra, Allan Kardec (1804-1869) no mostró ninguna preocupación por teorías políticas sobre el ejercicio del poder, sus formas, divisiones de atribuciones, modos de elección de gobernantes, etc. Pero, no por esa razón, dejó de abordar las grandes cuestiones éticas necesariamente intrínsecas al ejercicio del poder, tales como la responsabilidad moral de los eventuales poseedores de la autoridad en todas las instancias de la vida y las virtudes que deberían adornar la personalidad de sus titulares. Con la figura metafórica de la “aristocracia intelecto-moral”, diseñó la sociedad del futuro, dirigida por hombres y mujeres con elevadas dotes intelectuales, conocimiento y moralidad, indispensables para el orden y el progreso de los pueblos.

Es en este contexto, que el espiritismo, aun no siendo una teoría política, se ha insertado

desde su nacimiento. La democracia, por lo tanto, es parte integrante de la propuesta espírita y no puede apartarse de ella, bajo pena de abrir un flanco al autoritarismo, antónimo de la libertad; a la injusticia, enemiga de la igualdad; y a la primacía del orgullo y el egoísmo, que dificultan la construcción del espíritu de fraternidad". (MEDRÁN MOREIRA, 2020, p. 2).



Referencias básicas de una doctrina social espírita

El conocimiento del espíritu en sus distintas fases evolutivas, encarnadas y desencarnadas, cuyo proceso interexistencial transcurre en un continuum bio-psico-socio-espiritual, representa el núcleo fuerte y la razón de ser del espiritismo en cuyas tesis centrales se halla una bien estructurada cosmovisión, la cual posee formidables posibilidades para ofrecer un correcto entendimiento del hombre integral y la compleja y dinámica realidad que le circunda.

En el marco de una visión holística, la preocupación por las variadas condiciones en que vive o sobrevive el ser encarnado, constituye una de las áreas del conocimiento espírita que posee mayor pertinencia y oportunidad y sobre la cual no siempre se han planteado los conceptos con la debida propiedad. Erróneas interpretaciones de corte fatalista o determinista, vinculadas a una sesgada interpretación de la noción de 'pruebas' o 'expiaciones', o de justificaciones 'kármicas', en las que se recurre a la noción antropomórfica de un Dios que premia o castiga, han aparecido con frecuencia en la literatura espírita, procedentes tanto de autores encarnados como desencarnados, reduciendo significativamente las potencialidades transformadoras y liberadoras de la doctrina espírita.

El perfil autónomo de la propuesta sociológica espírita

Nos luce conveniente, urgente diríamos, recuperar para el espiritismo la fuerza y frescura de su mensaje renovador y presentarlo como una opción vigente y actual ante las demandas que caracterizan a la sociedad del siglo XXI. Conviene para ello definir las líneas maestras o las coordenadas que orientan

la que solemos llamar doctrina social del espiritismo, y para esa exigente tarea es indispensable que los estudiosos de esta disciplina se esfuercen al máximo en reflexionar y conjugar en un fecundo ejercicio intelectual, sus sólidos conocimientos, su sensibilidad social y una impecable honestidad en cuanto a las posiciones que sustenten y las conclusiones a que arriben. La doctrina social espírita no debería estar contaminada por posiciones o preferencias que se nutran de ideologías o corrientes del pensamiento político que sean ajenas a su auténtico carácter y naturaleza. Una lectura o relectura de las obras de Allan Kardec, Léon Denis, Amalia Domingo Soler, Cosme Mariño, Manuel Porteiro, Deolindo Amorim o Herculano Pires, entre los autores más relevantes, nos parece altamente recomendable para colocarnos en línea con el propósito de proporcionar la debida configuración espiritualista, laica, humanista, librepen-sadora, plural, dinámica, transformadora, progresista y autónoma, a la propuesta sociológica espírita.

Observando el panorama general de las ideologías de corte sociopolítico en el decurso de los siglos recientes, constatamos que las direcciones generales de los sistemas propuestos, se contraponen con mayor o menor intensidad dependiendo del peso que le otorgan a deter-

minados enunciados en las áreas políticas, sociales o económicas, como la libertad, la justicia y la igualdad, o a las relaciones entre el estado y el mercado, así como el mayor o menor peso atribuido a estos factores fundamentales. En líneas generales, el espectro de posiciones es tan amplio y variado que se extiende, desde las formas de libre cambio extremo con la consecuente minimización del rol estatal y del ámbito público, pasando por una gama muy diversa de alternativas vinculadas al liberalismo social, hasta las concepciones intervencionistas del estado con la consecuente reducción o aniquilación de la actividad económica privada.

Libertad económica, equidad y justicia social

En nuestra opinión, claramente ubicada en la centralidad y distanciada de los extremos, el espiritismo se pronuncia de manera inequívoca a favor de la libertad individual y social; por la libertad de pensamiento, de conciencia, de expresión y de lícita asociación; por la plena vigencia de los derechos humanos sin excepción; por el respeto a la dignidad de todas las personas con independencia de su edad, nacionalidad, identidad sexual, color de piel o condición cultural; contra cualquier sistema dictatorial, del signo político que sea,

rechazando categóricamente el dilema de que es necesario arrebatarse al hombre la libertad para poder alcanzar otros bienes más tangibles e inmediatos. Enfrentar esta falsa opción que más de una vez ha seducido a grandes masas y ha provocado severas consecuencias, convoca a un sostenido ejercicio reflexivo y a una inmensa responsabilidad a todos los que no queremos ni aceptamos que el ser humano pueda seguir viéndose en la horrible alternativa de entregar su libertad a cambio de un pedazo de pan o de seguridad.

A la vez, y en el mismo plano entre la jerarquía de los valores supremos, coloca el espiritismo la necesidad de alcanzar una vida plena sustentada en la igualdad y la justicia social. No se puede dejar en olvido el panorama del mundo contemporáneo en el que sobresalen los ingentes problemas que aquejan a centenares de millones de seres humanos que a duras penas sobreviven en vastas regiones de África, Asia y Latinoamérica. No se puede permanecer impasible ante el contraste que se presenta entre los países industriales del hemisferio norte, que, bajo diferentes sistemas políticos, han alcanzado un espectacular desarrollo de la economía sobre índices de altísima productividad,

constante progreso e ilimitada variedad, que han ocasionado un impresionante cambio en los usos y facilidades de la vida social, y en contraste, una importante porción de naciones del hemisferio sur, cuyos pueblos parecieran quedar resignados a vegetar en la más inquietante miseria, a encerrarse en la producción de contadas y vulnerables materias primas, a permanecer estancados y ausentes de las posibilidades de progreso, de bienestar colectivo y de fortalecimiento en lo económico y lo político.

¿Habrà solución? ¿Cuál es el camino? No hay respuestas fáciles, pero a la luz del espiritismo la propuesta adecuada tiene que venir de un fortalecimiento de las alternativas eficaces de la libertad, por medio de sistemas de gobierno que exhiban como supremo e irrenunciable fin preservar la completa autonomía de los individuos, pero para construir con ella, como instrumento fundamental, el progreso económico colectivo y la justicia social. Una libertad así concebida, que, mediante la eficacia administrativa, la honestidad en la asignación y manejo de los recursos públicos, el integral aprovechamiento de los bienes naturales con apego a los principios ecológicos, la elevación de los niveles de producción y productividad, consiga no solo reducir

sustancialmente las desigualdades sociales, sino aumentar y expandir constantemente la producción de riqueza y el bienestar de todos los habitantes. Esta vía es la más idónea para proporcionar mayor felicidad a las personas y estimular relaciones basadas en la práctica de la fraternidad y la vivencia del amor fraternal.

Estos objetivos solo pueden lograrse en el marco de sociedades libres donde funcionen de modo equilibrado el mercado y el estado, y puedan cumplir sus respectivos roles el capital y el trabajo. ¡Tanto mercado cuanto sea posible, tanto estado cuanto sea necesario! Este principio representa la síntesis de lo que se suele denominar una economía social de mercado, que solo puede ser aplicada en sociedades democráticas y plurales. Por su parte, las posiciones extremas, sean neoliberales o sean las que se basan en el socialismo marxista, responden a concepciones erróneas en sus fundamentos teóricos cuando no a oscuros intereses de personas, partidos o movimientos, y cada vez que son llevadas a la práctica en ejercicios concretos de gobierno, acaban en verdaderas catástrofes. Es que, a diferencia de los cuentos de hadas, la aplicación de esos modelos nunca tiene un desenlace feliz, y toda la experiencia histórica confirma esa fatalidad.

Alcanzar la libertad política con eficacia económica, equidad y justicia social, constituye el mayor desafío ante el que se encuentra en esta hora la sociedad moderna. El más irrenunciable y precioso de los bienes del hombre es la libertad y las más sentidas de sus aspiraciones son la igualdad y la justicia. Son términos compatibles que se fecundan recíprocamente. No es posible admitir, a la luz de una perspectiva ética como la que adopta la doctrina social espírita, que sean colocados como categorías antinómicas. Es que si lo fueran, el destino de la humanidad sería irremediablemente trágico y las promesas finales de todas las doctrinas políticas y de los sistemas edificados sobre sus pilares, no pasarían de ser una cruel falacia.

Insistimos, el desafío del pensamiento espírita, de uno que pueda legítimamente presentarse como humanista y progresista, es el de conciliar la libertad política, con la eficacia económica y la justicia social. Y lograrlo a corto término. Y suma a esas aspiraciones la combinación del progreso material con el progreso moral, ofreciendo una razonable expectativa acerca de un luminoso porvenir para la humanidad. Kardec la confirma con su habitual mirada optimista y esperanzada:

"A medida que la civilización se perfecciona, hace cesar algunos de los males que ha engendrado, y todos ellos desaparecerán con el progreso moral". (KARDEC, 1992, p.280).

Lo que en el espiritismo aprendemos nos alienta a terminar con la trinidad socioeconómica de consumismo desenfrenado, competencia feroz y destrucción cruel de la biodiversidad, a favor de una trinidad bioética de consumo acorde con las reales necesidades, que promueva la solidaridad y fraternidad entre todos y el amoroso cuidado de la naturaleza con sus floras y faunas. De aplicarse este nuevo modelo, de hondas raíces humanistas y progresistas, se salvaguardarían los recursos naturales del planeta en beneficio de las generaciones actuales y futuras, y se implantaría un sistema de justicia económica y social sustentado en la libertad, la igualdad, la fraternidad y la democracia, pilares imprescindibles para que haya entendimiento y avances concretos en el seno de la comunidad humana, asumida como una hermandad.

6

POR UNA EDUCACIÓN DE BASE HUMANISTA

Humanismo y tecnología

Se dice y se repite que el siglo XXI es la era de la información, caracterizada por una vertiginosa expansión de la digitalización, que en pocos años ha transformado el mundo desde el surgimiento de la telefonía celular, internet y las redes sociales, hasta la irrupción de la inteligencia artificial con todas sus enormes e inimaginables posibilidades y consecuencias. Ante los nuevos desafíos es imprescindible mirar hacia la educación para insistir en que ella no debe sucumbir a la presión de ser convertida en instrumento de capacitación solamente para la producción y el consumo, y se ignore o se subestime que su objetivo irrenunciable es y debe seguir siendo la formación integral de las

personas, conjugando el conocimiento, la ciencia y la tecnología, con la ética, el humanismo y el anhelo de espiritualidad.

En ningún caso se trata de contraponer la educación humanista al empuje científico y tecnológico. Lo que se aspira es que los centros educativos, primarios, medios y superiores, asuman un renovado compromiso con la enseñanza y promoción de los saberes humanísticos y sapienciales, vinculados a la filosofía, a la historia, la literatura o las artes, en convivencia con la formación basada en los conocimientos proporcionados por la ciencia y la tecnología. La función esencial de los centros de enseñanza es formar ciudadanos cultos, solidarios, dotados de sentido crítico, fraternos, serviciales y dispuestos a dar su contribución al bienestar general.

Humanismo y utilidad económica

En la defensa del valor universal de la educación, el humanismo impugna el vínculo, que algunos querrían prioritario entre la formación universitaria y la utilidad económica, argumentando que donde ha habido una gran inversión, existe el derecho a obtener un gran beneficio. Ante una concepción comercial que enfatiza en el interés crematístico de la educación, el

humanismo reafirma en primer término la importancia del saber en sí mismo como elemento definidor de la personalidad, para lo cual es imprescindible que se fomente el gusto por la lectura, la escritura y las artes, se invite a pensar por uno mismo y a aprovechar las potencialidades de la memoria para argumentar, razonar y relacionar ideas diversas.

Hay que enfrentar la tendencia a convertir las instituciones educativas en empresas, que venden títulos, diplomas y grados, con los cuales los jóvenes conseguirán trabajos inmediatos y atractivos ingresos. No se trata de objetar una correcta y eficiente gestión de los presupuestos asignados a la educación, especialmente la pública, ni de permitir despilfarros o cualquier forma de corrupción administrativa, con lo que nadie podría estar de acuerdo. Pero es necesario insistir en que lo esencial del espíritu educativo radica en la calidad de la investigación y de la enseñanza, y de que esta se conciba como un servicio a la población y no como un privilegio de los sectores socioeconómicos más favorecidos. Esta concepción no ha de limitarse a la educación pública, sino que es aplicable a la privada mediante la concesión de becas y otros estímulos. Lo que sí ha de reafirmarse como principio incuestionable es que el libre acceso a la educación,

desde la primaria a la universidad, debe basarse en la gratuidad, y en este concepto clave: para la consecución de los objetivos educacionales, a los representantes de las instituciones, además de la *quantitas* les interese también la *qualitas*.

La educación no debe ser considerada como un gasto sino como una inversión indispensable, porque, incluso lo que no tiene precio puede tener un gran valor, y todo debe concurrir a concretar la utopía de un mundo mejor para sus pobladores, que sea sostenible y productivo, sin dejar de ser profundamente solidario.

Sin embargo - y hay que decirlo con meridiana claridad - las definiciones precedentes no deben ser colocadas al servicio de determinadas tendencias ideológicas que por la radicalidad de su visión política entienden la educación como un laboratorio de ingeniería social y adoctrinamiento, distorsionan el avance social que ha de conseguirse lícita y honestamente por medio del aprendizaje, y terminan hundiendo a la población, en particular a los jóvenes, en la desmotivación o en la mediocridad. Una educación genuinamente humanista es perfectamente compatible con la cultura del esfuerzo y el mérito, el afán de superación, la búsqueda de

la excelencia, la recompensa a los alumnos que obtienen mejores resultados académicos, la lucha por alcanzar las metas más difíciles o el aprender a recomenzar después de un fracaso. Es loable tener como referencias básicas que nadie se quede atrás y todos salgan adelante, que cada uno tenga oportunidades, y que los mejores estudiantes se inspiren en la solidaridad, desechen el egoísmo y ayuden a sus compañeros de aula.

Para cerrar estas breves consideraciones sobre la prevalencia de los principios humanistas aplicados a la educación, mencionamos una conmovedora anécdota que se atribuye a Sócrates, notable filósofo y educador, y es referida por el escritor rumano Emil Cioran en su impactante obra *Desgarradura*. Cuenta que mientras se hallaba Sócrates a la espera de que le entregaran la cicuta, se ejercitaba con una flauta para aprender una melodía. Uno de sus discípulos le preguntó para qué le serviría aprenderla y su respuesta fue toda una lección filosófica y de admirable simplicidad acerca del sentido de la existencia y la comprensión de lo que es realmente útil para el espíritu:

*"Para saber esta melodía antes de morir".
(CIORÁN, 1979, p.67)*

¿Qué es realmente educar?

Conviene recordar que la palabra educación proviene del verbo latino *educere*, que tiene el sentido de “extraer”, “sacar de adentro”, “hacer surgir”, por lo que el oficio del genuino educador consiste en pulir la piedra tosca que se muestra inicialmente en cada alumno hasta convertirlo en la obra de arte que se encuentra en su interior, haciendo contacto con sus íntimas fibras espirituales. Es así como el educador se convierte, inspirado en la mejor tradición socrática, en partero de la personalidad y escultor de almas. En alguien que entiende y asume la trascendencia de su misión, consciente de que no se agota cuando imparte conocimientos o propicia el desarrollo de determinadas habilidades y destrezas, sino que se dirige a formar individuos nobles, honestos y auténticos.

El proceso educativo involucra la participación del educador y el educando, cada uno con sus respectivas funciones, constituyendo un binomio enseñanza-aprendizaje que se sustenta en una actividad dialógica: el docente no alcanza su objetivo de enseñar si el estudiante no está dispuesto a aprender, y por su parte, en tanto que enseña el educador aprende, verificándose un ritmo dinámico e interactivo entre ambos.

En educación, como en general sucede en cualquier otra actividad de la vida, el entusiasmo es el punto de partida. El docente que imparte sus clases con pasión suele contagiar a muchos de sus alumnos, quienes a su vez contagian a otros. Aunque es verdad que la generación actual refleja un cierto desgano, los estudiantes mantienen sin embargo la capacidad de ilusionarse y distinguen con facilidad entre aquellos docentes que enseñan con frialdad o apatía y aquellos que lo hacen con interés e incluso con pasión. Los estudiantes detectan a qué profesor importan y a cuál no, qué profesor cree en ellos y qué otro no espera mayor cosa de ellos, e incluso entienden que la falta de exigencia de un profesor en lugar de ser una señal de benevolencia lo es de comodidad o indiferencia. Dentro de unos años, los que hoy son estudiantes recordarán y agradecerán a aquellos maestros que los hayan preparado para afrontar adecuadamente los desafíos de la vida.

La educación de base humanista promueve una actitud cercana y humilde por parte del docente, junto con el refuerzo de la estima y de la autoridad sin autoritarismo. Se supone que el profesor sabe más que el estudiante y que su misión es compartir sus conocimientos, pero esto debe hacerlo sin humillaciones ni desprecios, despertando la curio-

sidad y facilitando el diálogo. Los estudiantes esperan de sus profesores que sean competentes, cultos, amenos, respetuosos, puntuales, claros, sencillos, amables, razonables y con disposición para escuchar y atenderles. Evidentemente, el profesor debe hacerse respetar y reconocer que tiene una investidura, debe poner la distancia indispensable, pero con naturalidad, sin falsas actitudes ni arbitrariedades. En verdad, el educador que hace suya la tríada 'estima-confianza-exigencia' suele motivar e impulsar en los alumnos un sentimiento de correspondencia que es esencial en el diálogo aprendizaje-enseñanza.

El auténtico educador orienta sus enseñanzas a encender luces en sus alumnos, en motivar su autonomía y no la sumisión, en estimularles hacia la creación y el descubrimiento que nacen de interrogar a la realidad de cada día y de interrogarse de manera sostenida, en vez de cercenar su creatividad mediante la repetición de dogmas o de fórmulas. El educador es un orfebre de almas, un partero del espíritu.

Ser profesor es también ser estudiante. El ejercicio docente exige una continua revisión y actualización de los conocimientos. Probablemente, uno de los puntos esenciales que mantiene encendida la llama de esta profesión, esté bien representado en aquella

virtud que los antiguos latinos llamaban *studiositas*, es decir, el empeño en el estudio constante impulsado por el deseo de conocimiento.

Aun así, no sería suficiente que el docente lograra trasladar su entusiasmo a los estudiantes, darles pruebas de su confianza, y hacerles ver el sentido de la asignatura que le corresponde impartir, si no es capaz de emplear una metodología que ponga realmente al alcance de ellos un verdadero aprendizaje y fomente su afán de superación. Tantas veces se escucha en las aulas esta queja de los estudiantes: “El profesor conoce su materia, pero no sabe transmitir”. Con la mayor humildad, el educador debe cambiar de métodos cuando sea aconsejable, ser más creativo, mejorar su habilidad comunicativa y hacer que la transmisión de conocimientos sea útil, actualizada, amena, diversa, rica en matices, hasta despertar el interés de sus estudiantes, que serán los primeros en agradecerlo.

La evaluación es un elemento imprescindible de todo proceso de enseñanza-aprendizaje. Hay que evaluar y entregar calificaciones, con las cuales se obtiene retroalimentación sobre el nivel de comprensión y dominio de los contenidos educativos impartidos en un determinado curso. Eso es inobjetable. Pero la evaluación nunca

es exacta ni completamente objetiva. En ella influyen sentimientos y percepciones surgidos de la relación entre educadores y educandos y que está sometido a numerosas imprecisiones o equivocaciones. Nunca debe ser utilizada como herramienta de poder o de coacción por parte del profesor y sí como un instrumento de servicio. Una forma humanista de entender la evaluación como valoración, permite no centrarse tanto en la nota de un determinado examen, sino en el desarrollo mismo del proceso, consiguiendo que no se quede en mera comprobación de resultados y sanción social de los mismos, y sea considerada como oportunidad para nuevos aprendizajes y elemento clave para remover los obstáculos que puedan impedir el éxito.

Espiritismo y educación

¿Tiene posibilidad real el espiritismo de ofrecer una contribución significativa a la educación contemporánea? ¿Pueden ser llevados a las aulas universitarias los conocimientos espíritas? ¿Hay suficientes elementos conceptuales y de rango académico para configurar una Teoría Espírita o una Pedagogía Espírita? Estas y otras interrogantes demandan respuestas fundamentadas en estudios, investigaciones, reflexiones, alternativas y propuestas programáticas.

Cierto es que ya han sido publicados excelentes trabajos, sobre todo en décadas recientes, presentados muchos de ellos como tesis para obtener grados, postgrados y doctorados en universidades de reconocida categoría académica, y que han merecido una alta calificación. Esto ha sucedido principalmente en Brasil, la nación donde el espiritismo ha conseguido los mayores alcances cuantitativos y cualitativos, y donde muestra una considerable implantación social y cultural. Además, el funcionamiento de algunas escuelas espíritas o de instituciones superiores que directa o indirectamente se identifican como espíritas, y de cátedras universitarias donde el conocimiento de los postulados espíritas se incluye en los programas curriculares, representa una conquista importante en una sociedad donde los preconceptos de orden materialista o religioso gravitan sobre estos signos de apertura hacia visiones no dogmáticas ni tradicionales.

Ya desde la fundación del espiritismo, Allan Kardec se preocupó por la cuestión educativa y sobre ella escribió varios textos, en los cuales se percibe la impronta que dejó en el pensamiento del joven Rivail, su maestro Johann Heinrich Pestalozzi, digno heredero de una tradición pedagógica que se remonta a Comenius y Rousseau. Se encuentran en definiciones propias que recuerdan su formación pestalozziana: “la

El sistema pedagógico que aprendió el joven Hippolyte Léon Denizard Rivail en Iverdum, Suiza, en la escuela creada por Johann Heinrich Pestalozzi, lo aplicó en sus primeros libros sobre educación, aritmética y gramática, y sobre esa misma base didáctica se orientó para escribir los textos, firmados con el seudónimo de Allan Kardec, que darían forma y sustentación filosófica al espiritismo, como resultado de las experiencias mediúnicas que realizó en París a partir de 1855.



**Johann Heinrich
Pestalozzi**
(1746-1827)



Allan Kardec
(1803-1869)

educación es el arte de formar los caracteres" o "la educación es el conjunto de los hábitos adquiridos" (ítem 685ª), igual que categóricas sentencias acerca de los fines esenciales de la enseñanza: "Solo la educación puede reformar a los hombres" (ítem 796), o esta máxima relativa a la eliminación del egoísmo denunciado como la peor llaga social por medio de la educación: "Pero no se trata de esa educación que tiende a formar hombres instruidos, sino la que tiende a formar hombres de bien" (ítem 917), en las que se establece como misión educativa la conjugación de

la instrucción general con la práctica de los valores morales, quiere decir, la educación del pensamiento y el cultivo de los sentimientos. En otras de sus obras y en *La Revista Espírita*, Kardec presentó ideas y reflexiones que habrían de servir para establecer las bases de un vínculo necesario e indisoluble entre el espiritismo y la educación.

Experiencias en España, Brasil y Argentina

Convencidos de la importancia del espiritismo para la educación, un grupo de cinco diputados ante las Cortes españolas que se identificaban con los postulados espíritas, presentaron en 1873 una enmienda al proyecto de reforma de la educación general en la nación ibérica que estaba en discusión, y propusieron que el estudio del espiritismo fuese incluido en las universidades en los programas de las facultades de Filosofía y Letras. El derrocamiento de la Primera República en 1874 interrumpió el análisis de esa enmienda que por primera vez colocaba la discusión del espiritismo en el ámbito político y educativo de un país. (MÉNDEZ BEJARANO, 2020, pp. 360-361).

En Brasil, desde comienzos del siglo veinte y en adelante, no pocos pensadores y educadores espíritas se han ocupado de escribir valiosos ensayos dirigidos

a darle forma a una Pedagogía Espírita, que sirva de base académica para la fundación de escuelas, institutos y universidades espíritas, y también, para incorporar cátedras de estudios espíritas que puedan ser incluidas en los programas educativos oficiales. Probablemente, la creación del Colegio Allan Kardec en la ciudad de Sacramento, MG, en 1907, constituya uno de las experiencias más exitosas en esta dirección. Pensado y dirigido por el profesor Eurípedes Barsanulfo, este Colegio se ajustaba perfectamente a un modelo de humanismo espiritual de inspiración pestalozziana, en el que predominaba la relación afectiva entre educadores y educandos, las clases eran participativas, no había castigos corporales ni humillaciones, se complementaba la enseñanza formal con el conocimiento de las artes, la práctica deportiva y el contacto con la naturaleza, y se ofrecían instrucciones morales tomadas de las enseñanzas espíritas y de otras tradiciones espirituales.

Entre los estudiosos espíritas que se han ocupado de estudiar y darle base de sustentación a una pedagogía de orientación espírita y de proponer un diálogo entre ella y la cultura académica, son de obligatoria mención Analia Franco, Ney Lobo, Tomás Novelino, Herculano Pires, y en nuestros tiempos, la voz más autorizada en cuanto a pedagogía espírita

se refiere, la encontramos en la educadora brasileña Dora Incontri, cuya sólida formación académica y espírita, así como su mentalidad librepensadora y actitud crítica, le otorgan a su amplia labor intelectual y a su esfuerzo por crear instituciones basadas en el modelo pedagógico espírita, un valioso reconocimiento en el ámbito educativo brasileño. Recogemos estas palabras que a modo de síntesis aparecen en su reciente libro *Kardec para el siglo 21*:

“La Editora Comenius y la Asociación Brasileña de Pedagogía Espírita, se han esforzado, la primera desde 1998 y la segunda desde 2004, por lanzar obras, congresos, debates, seminarios, asesorando pesquisas y proyectos, y formando personas en postgrados en pedagogía espírita. La creación de la Universidad Libre Pampedia también es un proyecto en ese sentido de producción de conocimiento y formación de alumnos dentro de la visión pedagógica espírita, recordando que no se trata de una idea proselitista”. (INCONTRI, 2024, p.222)

También es muy justo mencionar el esfuerzo llevado a cabo en el seno de la CEPA (antigua Confederación Espírita Panamericana y hoy Asociación Espírita Internacional CEPA) para impulsar la educación espírita en el hogar y la creación de

escuelas espíritas por parte de las instituciones que se ocupan de estudiar y divulgar la filosofía kardecista. A lo largo de su existencia se adoptó en la CEPA el lema "Educar para el porvenir" como una de sus principales consignas, orientado a la creación de escuelas para niños, para jóvenes y para padres, con el objetivo primordial de transmitir los conocimientos académicos y los principios morales enfocados a la luz del espiritismo, dentro de una visión laica, librepensadora, humanista, progresiva y progresista, liberada de modelos basados en criterios punitivos o de místicas salvaciones.

En 1966, la CEPA designó a la Escuela Espírita para la Niñez de la "Sociedad Espiritismo Verdadero" de Rafaela, Argentina, como Escuela Piloto. Los programas redactados por educadores espíritas, como fue el caso de la profesora Monserrat Plensa de Vercesi, se fundamentan en la compatibilidad que hay entre las grandes teorías pedagógicas como las que plantearon en su tiempo Comenius, Rousseau o Pestalozzi, las experiencias de las escuelas Montessorianas o Waldorf, los aportes de numerosos filósofos, psicólogos o educadores de orientación humanista como John Dewey, Édouard Claparede, Jean Piaget, Paulo Freire, Laurence Stenhouse, Edgar Morin, Fernando Savater, y los postulados espíritas

organizados por Kardec que son perfectamente aplicables en los mejores sistemas educacionales. El libro *Educación al espíritu* escrito por profesoras espíritas rafequinas, constituye un magnífico ejemplo de lo mucho que puede aportar el espiritismo a la educación de la humanidad. (DRUBICH y CULZONI, 2012).

Educando al espíritu

Toda educación espírita se centra en educar al espíritu, el ser integral que anima en cada criatura humana, síntesis de pensamiento, sentimiento y voluntad. Creado simple e ignorante, el espíritu inicia su trayectoria evolutiva teniendo como horizonte la perfección. Se sirve de la encarnación, ocupando y animando diferentes organismos en innumerables oportunidades durante milenios, y va desarrollando sus potencialidades mediante la adquisición de conocimientos y habilidades, en un complejo proceso de socialización. Un aprendizaje, que es a la vez exógeno y endógeno, de fuera para dentro por lo que va incorporando en cada existencia y de dentro para fuera por lo que va revelando desde los impulsos y tendencias que brotan de su memoria ancestral.

El espíritu guarda en las profundidades inconscientes de su memoria palingenésica, conocimientos múltiples nacidos de sus diversas

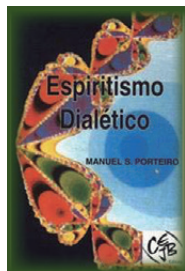
experiencias encarnatorias, que se expresan de manera sintetizada en pulsiones, creencias, vocaciones, afinidades, gustos, preferencias, orientaciones, antagonismos, prejuicios, igual que traumas, dolores y sufrimientos.

En cada nueva encarnación, el proceso educacional se inicia en la cuna, contando con los padres y otros familiares como los primeros educadores, prosigue en la escuela con las enseñanzas impartidas por los profesores y se va expandiendo y complejizando en las relaciones sociales. El objetivo ideal es que cada persona se eduque en la búsqueda de la verdad, en el ejercicio de la reflexión aplicado a su autoconocimiento, en el fortalecimiento de su autonomía y de su libertad, en la expansión de su conciencia mediante la práctica del amor, del bien, de la solidaridad y de la fraternidad, teniendo como meta la felicidad propia fecundada por la felicidad de los demás.

La educación espírita del espíritu, aplicada en la familia, en la escuela y en la sociedad, dispone de una amplia mirada que trasciende los límites temporales y espaciales y por ella puede conectar de manera dinámica e integradora lo que el espíritu trae consigo con lo que el espíritu va adquiriendo en

cada nueva encarnación, en el marco de un proceso continuado de modelaje de su personalidad, en el que se va construyendo a sí mismo en el plano psicológico, y a la vez se va convirtiendo en un sujeto social y ciudadano activo y participativo. Esta misma idea la expuso magistralmente el gran pensador espírita argentino Manuel Porteiro en *Espiritismo dialéctico*, su principal obra:

“El individuo está relacionado con la familia, ésta con el pueblo, el pueblo con la nación, la nación con la humanidad, ésta con la Tierra y la Tierra con el Universo. El hombre como tal, se desarrolla históricamente en la sociedad humana, y, como espíritu, se desarrolla cósmicamente, a través de múltiples existencias, materiales o etéreas”. (PORTEIRO, 1960, p.145).



El apotegma kardeciano: “Nacer, morir, renacer, progresar sin cesar”, sintetiza muy bien la relación de continuidad que se establece en la dinámica del espíritu, transitando por fases alternas de encarnación y desencarnación y sus respectivos intervalos. Tomando este principio como base, la educación espírita constituye todo un sistema



¿SABÍA USTED?

Manuel Porteiro (1881-1936) es una referencia imprescindible cuando se quiere entender la visión del espiritismo desde una perspectiva dialéctica. Y llama mucho la atención de que habiendo desempeñado desde niño los más humildes trabajos y que apenas a sus dieciocho años aprendió a leer y escribir, desarrolló una admirable pasión por el conocimiento a partir de la lectura de las obras de Allan Kardec, a las que siguieron otros escritores espíritas y de otras corrientes filosóficas.

Fue un verdadero ejemplo de autodidactismo que no solo hizo de él una persona de singular formación cultural, sino que pasó a dominar el arte de escribir con corrección y belleza, tanto en prosa como en verso, de lo cual dan testimonio sus libros *Espiritismo dialéctico*, *Concepto espírita de la sociología*, *Origen de las ideas morales*, y su hermoso poema *Palingenesia*.

de formación y orientación para niños, jóvenes y adultos, desde una perspectiva holística, ética y profundamente humanista, que conecta el pasado, el presente y el futuro de cada ser en el conjunto de la humanidad, para impulsar su progreso general.

Aunque partiendo de concepciones filosóficas diferentes, muchos pensadores a lo largo de la historia del pensamiento universal han coincidido en la idea de que la vida solo puede ser comprendida mirando hacia atrás pero ha de ser vivida mirando hacia adelante, y esta noción adquiere un significado más pleno cuando se inscribe en la perspectiva de un Ser espiritual trascendente e interexistente, en cuya psiquis se conectan e interrelacionan sus experiencias en vidas anteriores con los aprendizajes y adquisiciones de la vida presente y constituyen la base biopsíquica sobre la cual se habrán de configurar sus futuras existencias, dando continuidad a su eterno y continuado proceso de perfeccionamiento.

7

ELOGIO DE LA PAZ

Paz interior y paz social

En tiempos de gravísimos conflictos que se desarrollan en varios lugares del planeta y con cuantiosas pérdidas de vidas, parece ingenuo hablar de paz, pero en realidad nunca ha sido más urgente, por razones de elementales sentimientos de humanidad, solidaridad y fraternidad.

Entendida en todas sus dimensiones, paz no es solo ausencia de guerra ni el silencio de las armas: significa también la armonía del alma, tranquilidad, felicidad, libertad, equidad, justicia y prosperidad. Valores éstos muy importantes para la existencia pero que desgraciadamente siguen ausentes en una gran parte de las personas que no entiende que la paz social en el mundo guarda estrecha relación con

la paz interna, y que convivir en paz se convertirá más fácilmente en realidad el día en que cada una, desde su singularidad y en forma consciente y motivada, busque el sosiego primero consigo misma y enseguida coloque su ánimo y su voluntad en procurar la concordia general.

Se torna por tanto imprescindible, que la educación en el hogar y en la escuela promueva una cultura de paz basada en los principios de la no violencia y la cooperación entre los individuos, los pueblos y las naciones, acatamiento de la legislación internacional, respeto a la integridad territorial de las naciones, así como en la resolución pacífica de todos los conflictos, mediante la negociación, la mediación, el arbitraje u otras fórmulas que la diplomacia pueda aplicar.

No a las guerras

Cuando han transcurrido cinco lustros del siglo XXI, resulta chocante e inadmisible que en varias regiones del planeta se estén escenificando guerras entre países o entre grupos étnicos, religiosos o políticos, por ambiciones expansionistas, mercantilistas o por deplorables odios ancestrales, en las que se emplean armas de última generación, causando una destrucción masiva entre las poblaciones que se ven

atrapadas y afectadas por toda clase de atrocidades. La posición humanista del espiritismo, que siempre ha condenado los enfrentamientos bélicos y los crímenes que se cometen a su amparo, une su voz a la de todos los sectores que claman por el cese inmediato de estas actividades bárbaras y crueles, así como por la asistencia social y sanitaria y psicológica a los niños, mujeres, ancianos, a los enfermos, a los prisioneros, y a todos los que sufren las consecuencias de estas calamidades.

La voz humanista del espiritismo exhorta a que las campañas por una paz general y duradera en el mundo sean proactivas más que reactivas, en el marco de un grande y sostenido esfuerzo de toda la humanidad para crear una verdadera globalización que sea capaz de engendrar igualdad económica, equidad social, libertad política, felicidad personal y, especialmente, una conciencia moral que promueva nobles sentimientos de altruismo, cooperación, confianza y empatía, sólidos pilares en que se sostienen la amistad y la fraternidad. Las guerras, cualesquiera que sean los motivos que esgriman sus responsables, atentan contra el progreso y la civilización y deben ser repudiadas. El gran llamado es a trabajar por la paz, animados por el ideal mayor de un futuro mejor para todos.

El ejercicio cotidiano de la tolerancia, la comprensión y el diálogo, para afirmar y consolidar la paz entre las personas y las naciones, junto a la práctica de una pedagogía que estimule el predominio de la verdad en los pensamientos, en las palabras y en las acciones, constituyen el fundamento de las sociedades democráticas, únicas que garantizan el estado de derecho; la vigencia de las normas constitucionales; la libre actuación política; el pluripartidismo; elecciones justas, honestas y transparentes; la alternabilidad de los gobiernos; la separación de poderes; el respeto a los derechos humanos. Por todas estas exigencias que han de ser garantizadas en todas las naciones, no hay cabida en las democracias plenas para los populismos y autoritarismos, aunque pretendan mimetizarse bajo cualquier etiqueta ideológica.

Paz y derechos humanos

El respeto integral a los derechos humanos constituye la más sólida garantía para el triunfo de la paz sobre la violencia. De conformidad con su irrenunciable vocación pacifista, la doctrina espírita se identifica de manera inequívoca con el conjunto de obligaciones contenido en la

Declaración Universal de los Derechos Humanos aprobada en 1948 por la Asamblea General de la Organización de Naciones Unidas, cuyo fundamento filosófico se halla perfectamente resumido en el Preámbulo de esta carta de reivindicaciones éticas que deben ser atendidas por todas las personas y garantizadas por todos los gobiernos:

“Se proclama la presente Declaración como ideal común por el que todos los pueblos y naciones deben esforzarse, a fin de que tanto los individuos como las instituciones, inspirándose constantemente en ella, promuevan, mediante la enseñanza y la educación, el respeto a estos derechos y libertades, y aseguren, con medidas progresivas de carácter nacional e internacional, su reconocimiento y aplicación universales y efectivas, tanto entre los pueblos de los Estados miembros como entre los de los territorios colocados bajo su jurisdicción”.



Baste citar aquí el primero de los 30 artículos de que consta este precioso documento para resaltar la condición humana y los valores inalienables y eternos que la enaltecen. Conseguir que sean obedecidos y cumplidos por todos los gobiernos del planeta, cada uno con sus particulares intereses y orientaciones ideológicas, es un desafío que clama a la conciencia de los ciudadanos y al compromiso de las instituciones:

“Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros”.

La conquista de la paz, espiritual y social, constituye uno de los ejes principales en torno de los cuales giran las enseñanzas humanistas del espiritismo, y se halla en pleno acuerdo con la prédica moral de Jesús de Nazaret y su convocatoria a la regeneración social inspirada en el amor al prójimo, fuente de luz para la mente y los corazones de las personas de buena voluntad. Sus exhortaciones a dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, auxiliar al desvalido, no hacer a otro lo que no se quiere para sí mismo, o estar libre de culpa antes de lanzar la primera piedra, configuran

un sublime código de amor, paz, justicia, solidaridad y fraternidad de dimensiones universales y de eterna vigencia. En razón de esa sintonía es que el espiritismo sostiene que su doctrina moral es similar a la que predicó el insigne nazareno, el “hombre incomparable” de Renan, y a quien Kardec refirió en inmejorables palabras:

“Jesús es para el hombre el ejemplo de la perfección moral a la que puede aspirar la humanidad en la Tierra” (KARDEC, 1992, p.233).

8

POR UNA ECOLOGÍA INTEGRAL

Preservación de la naturaleza

Es imprescindible recalcar que todos pertenecemos a la gran familia humana, y que para seguir existiendo necesitamos cuidar y preservar la casa común, el planeta Tierra. El punto de partida se encuentra en la concientización de que todo está relacionado, de que los humanos somos parte del proceso evolutivo y en consecuencia estamos íntimamente conectados y nos influenciamos los unos a los otros. Para quien se sienta verdaderamente unido a todo lo que existe, constituyen principios inquebrantables el respeto por la vida en todas sus manifestaciones, la preocupación por la naturaleza y el compromiso con el mejoramiento material y espiritual de la sociedad.

Admirar y cuidar la grandeza y belleza de la naturaleza es vital porque no es aceptable seguir considerándola únicamente como un telón de fondo para lo que el hombre hace, o como una fuente de recursos para su explotación indiscriminada, sin importar si estos se regeneran o si se agotan y extinguen. Quiéralo o no, el ser humano comparte una comunidad de destino con la naturaleza, es más, proviene de ella y alcanza la cima de ser su expresión inteligente, pero no se puede desligar de ella y abandonarla a su suerte, porque es parte de ella. Procede pues, darle la debida relevancia a la biosfera y no permitir que la tecnosfera lo opaque y arruine todo. Es imperioso sumar voluntades para la urgente solución de los problemas que entrañan la contaminación de las aguas, del aire y de la tierra; el cambio climático y el calentamiento global; la erosión de los suelos, la pérdida de productividad de amplias zonas agrícolas; la deforestación de las áreas ecuatoriales y tropicales; la disminución de la biodiversidad; el industrialismo y el consumismo desenfrenados; el indebido empleo de los avances tecnológicos; la producción de sustancias tóxicas; la corrupción política y económica; la degradación social y moral y el deterioro de la calidad de vida; todo lo cual tiene una repercusión profunda en el

ejercicio de ciertos derechos humanos esenciales, como el derecho a la vida, a la alimentación, a la salud y al desarrollo.

Las soluciones a estos complejos problemas son conocidas, y se sabe de la urgencia con que deben ser decididas y ejecutadas. No es tiempo de contemplación ni de pretextos sino de acción. Corresponde a los gobiernos y a las instituciones políticas, económicas, financieras y administrativas, aplicar en forma inmediata las resoluciones adoptadas en eventos internacionales y no dejar que se conviertan en letra muerta por la prevalencia de oscuros y egoístas intereses que ponen en jaque hasta nuestra propia supervivencia como especie. Ya no se justifican las declaraciones altisonantes y los consiguientes incumplimientos. No se puede esperar mucho más para que se produzca la sustitución de las energías contaminantes por energías naturales y renovables; se impone una gestión adecuada y diversificada de las actividades primarias; urge la ampliación de los espacios verdes y el uso racional de todos los recursos naturales, tanto como el reemplazo del hábito del desperdicio por una cultura del reciclaje. También compete a cada ciudadano comprometerse con una conducta responsable en

lo que atañe al pleno respeto al medio ambiente y a conducir su vida con moderación y austeridad, evitando el derroche y la opulencia. Todos estamos llamados a hacer sacrificios. De ponerse en práctica y a tiempo esas medidas, y muchas otras de distintos alcances, se contribuirá con la conformación de una humanidad integrada por seres felices que podrán convivir pacíficamente en un planeta saludable.

El cambio climático, el calentamiento global y todos los desajustes que atentan contra el equilibrio ecológico nos ponen ante una prueba civilizatoria sumamente exigente. Es un problema grueso, muy complejo, compartido por todos los habitantes de la Tierra y por todos los países, independientemente de su extensión, población, nivel de renta o grado de desarrollo económico o tecnológico. Esto obliga a pensar en términos de humanidad global y a buscar soluciones compartidas, ya que no hay solución real para nadie de manera particular o aislada.

Ecología espiritual

A la luz del humanismo espírita, la ecología no es solo un tema del medio ambiente, sino que tiene alcances sociales, políticos, económicos, biológicos, psicológicos, éticos y espirituales, con una

repercusión definitiva en el desarrollo sostenible de la vida en general, y de la humana en particular. En este sentido, la ecología ha de comprenderse como un campo interdisciplinario que integra la conciencia medioambiental con la vivencia y práctica de la espiritualidad, a partir de una conexión empática del espíritu con la naturaleza y el cosmos, escenarios en los que transcurren la actual, las anteriores y las venideras encarnaciones.

La perspectiva que nace de la ecoespiritualidad convoca a todas las personas a un proceso de revisión y depuración de sentimientos, pensamientos y conductas, con el propósito de vencer sus bajas pasiones, de superar el orgullo y el egoísmo, de lograr erradicar el odio y el afán de venganza, de limpiar la mente de antiguos condicionamientos de pecado, culpa y sufrimiento, entendiendo que constituyen elementos tóxicos que envenenan el ambiente mental, social y espiritual. Al mismo tiempo, es una invitación a experimentar la grata sensación proporcionada por la libertad, la paz interior, la serenidad de ánimo, a disfrutar el silencio, la experiencia de la relajación, la meditación y la sensación de trascendencia, que coloca a cada individuo en armonía con el conjunto.

Para enfrentar con éxito las dificultades que plantea el desafío ecológico en todas sus dimensiones y dar un vigoroso impulso a las actividades de protección ambiental y humana, ha de producirse una pronta modificación de creencias y actitudes y a tal fin es indispensable la configuración de una nueva conciencia, que pasa por el reconocimiento de la condición espiritual y trascendente del ser humano; por unir la ética a la ciencia y a la técnica; por una educación que conjugue el saber con los sentimientos, el respeto a la naturaleza y a la vida con un profundo y honesto amor al prójimo.

9

LA FELICIDAD COMO CAMINO

De acuerdo con una visión dinámica y renovada del espiritismo, la felicidad se concibe como una condición de bienestar personal, social y espiritual, y meta del espíritu inmortal que solo puede ser alcanzada paulatinamente por medio del avance intelectual asociado con el perfeccionamiento moral. En la comprensión y aplicación de ambos procesos radica la clave de los cambios que el ser humano ha de experimentar e internalizar para seguir ascendiendo en su recorrido hacia su progresivo perfeccionamiento.

Consultado Gandhi acerca de cuál es la mejor vía hacia la felicidad solía responder que *"no existe un camino hacia la felicidad, porque la felicidad en sí misma es el camino"*. Un camino claro, vinculado a

un proyecto de vida con metas logrables por medio del conocimiento, de la voluntad y de la acción.

Obviamente, la felicidad absoluta no es posible lograrla en un mundo en el que predominan la violencia, el egoísmo, las injusticias, las desigualdades, los intereses creados, las arbitrariedades y los despotismos de toda laya; pero sí es factible alcanzar la felicidad en términos relativos y proporcionales al esfuerzo realizado, cuando las personas se hacen conscientes de que cada existencia debe ser aprovechada como oportunidad para el aprendizaje, la rectificación moral, la maduración psicológica, el crecimiento en sabiduría y espiritualidad. Necesariamente, tal realización debe ser no solo personal sino social. La **intrafelicidad** (ser feliz con uno mismo) ha de enlazarse con la **interfelicidad** (ser feliz en comunión con los demás), puesto que el estado de felicidad, si bien comienza en cada uno de nosotros, solo adquiere su plenitud en la experiencia social, en el ámbito de una sociedad buena, libre y justa que sea garantía para todos.

La vida no ha de ser concebida como una experiencia lúgubre que el espíritu se ve forzado a transitar para expiar culpas y pagar deudas en sucesivas encarnaciones, sino como el escenario

idóneo y pleno de oportunidades para progresar. Cada etapa es una oportunidad y debe ser aprovechada con optimismo y esperanza. No se trata de negar el sufrimiento, cuya presencia es manifiesta en todos los ámbitos humanos y sociales, pero sí de actuar con disposición y energía positivas para superarlo en lugar de adoptar una postura de resignación o de justificación sobre la base de su presunto origen en vidas anteriores.

La reencarnación no puede tomarse como un castigo de Dios, sino más bien como el proceso continuado que facilita el progreso del espíritu, animando diferentes organismos corporales en existencias sucesivas e interrelacionadas, de conformidad con la dinámica evolutiva. Naturalmente, la ley de causalidad espiritual opera en el entrecruzamiento de las encarnaciones de tal modo que la ventura o la desdicha son estados relativos y transitorios del espíritu según el grado de perfección o imperfección de cada uno como consecuencias directas o indirectas de sus aciertos o equivocaciones, de sus acciones nobles o de sus faltas.

Entre los autores espíritas contemporáneos que con mayor hondura y nitidez han defendido conceptos de este tenor, destacamos a Jaci Regis, ínclito pensador y escritor espírita brasileño,

psicólogo clínico y humanista declarado, cuyas reflexiones apuntan a una actualización conceptual y semántica del espiritismo, para el cual propone la denominación de “Doctrina kardecista” o también “Ciencia del alma”, ambas de nítida connotación humanista. Dice así en uno de sus trabajos en relación con la felicidad como objeto de la vida:

“En un nuevo diccionario del entendimiento, no hay lugar para el pecado ni para una visión dolorosa de la vida. Ahí se reconoce que el alma humana avanza, con sus altibajos, hacia un destino de superación, de aprehensión del conocimiento y desarrollo de las virtudes, por el propio hecho de vivir, de morir, de reencarnar”.
(REGIS, 2010, p.).

Escritor, periodista y psicólogo. Referencia fundamental del pensamiento espírita laico y humanista.



Con lo expuesto queda claro que la orientación psicológica de corte humanista, transpersonal y positiva que se desprende de la doctrina kardecista, motiva a los seres humanos a un trabajo interior permanente que le permita disfrutar de una vida feliz, placentera, optimista y saludable, condición

inmejorable para el perfeccionamiento del espíritu a través de sus múltiples encarnaciones, haciendo uso de su autonomía moral e impulsado por los dictados de su conciencia, de cara a una nueva civilización como base de un mundo regenerado.

Por los amplios horizontes que despliega, el espiritismo nos anima a entrever el rayo de luz que nos permitirá recorrer un camino digno a lo largo de nuestra existencia, y a mantener viva la esperanza en que haciendo más humana a la humanidad conseguiremos mayor felicidad para todos. No tiene sentido postergar la legítima aspiración a la felicidad para ser disfrutada en cielos o colonias espirituales. El objetivo de la vida es ser feliz. El lugar para ser feliz es donde cada uno se encuentra. El tiempo para ser feliz es ahora.

Espiritismo progressista

Ya se ha dicho y reiterado que los ideales defendidos por el espiritismo, conectados a la exaltación de los sentimientos de solidaridad y fraternidad entre los hombres y las mujeres que pueblan el planeta y a la convicción esperanzada y optimista de que la caminata evolutiva de la especie humana apunta inexorablemente a un mundo superior y cada vez más avanzado en progreso intelectual y moral, definen claramente a la doctrina espírita por su carácter progresista y progresivo. Calificativos ambos contruidos etimológicamente desde el término progreso, que le sirve de raíz, y que denota en sentido general todo aquello que avanza o que favorece el avance.

Al espiritismo le cuadran muy bien ambas denominaciones. Obviamente desligadas de cualquier sesgo de índole ideológica que podría generar confusiones si se les vincula a determinadas corrientes políticas o partidistas contemporáneas. En su legítima concepción filosófica y sociológica, el espiritismo es progresista porque su razón de ser se nutre de una connatural disposición a fomentar el progreso individual y social, intelectual y moral, de los individuos y de la sociedad en su conjunto. Y es progresivo porque sus ideas no están soportadas en dogmas de fe ni constituyen verdades absolutas o inamovibles, y son susceptibles de rectificaciones cuando se presentan argumentos convincentes para modificarlas o adaptarlas a las exigencias de los nuevos tiempos.

En relación con el carácter progresista que identifica al espiritismo a partir de una lectura objetiva de sus fundamentos doctrinarios y de la adecuada comprensión de su misión regeneradora en el mundo, desligado de creencias extrañas, de misticismos y hasta de prácticas supersticiosas que con frecuencia le han sido agregadas, luce muy adecuada y oportuna la transcripción de las diez consideraciones contenidas en el denominado

"Manifiesto Progresista" presentado por la Associação Brasileira de Pedagogia Espírita, entidad de alto rango académico dirigida con brillo y acierto por la profesora Dora Incontri:

- 1– *Aceptamos como principios espíritas la existencia de Dios, la existencia de los Espíritus, la comunicación con ellos, y la reencarnación, en una perspectiva de evolución individual y colectiva.*
- 2– *Consideramos a Allan Kardec la referencia fundamental del espiritismo, entendiendo que hay diversas lecturas sobre sus obras y que esas diferencias deben ser respetadas y debatidas fraternalmente.*
- 3– *Vemos el espiritismo como una filosofía progresista, que no pierde su identidad y especificidad de espiritualidad racional por el diálogo con otras filosofías y con la cultura de cada época histórica.*
- 4– *Comprendemos que el espiritismo está en permanente construcción, en diálogo con la investigación científica, la reflexión filosófica y la comunicación de los Espíritus, desde que se mantengan de Kardec el espíritu crítico, la observación empírica y el principio ético del desinterés.*

- 5– Entendemos que la ética espírita –que es la del amor universal, inspirada en la ética de Jesús– debe orientar nuestras acciones individuales y colectivas en pro de la transformación social. Por lo tanto, debemos fijar posición contra la violencia de cualquier especie, trabajando por la dignidad humana, por la justicia y combatiendo el abuso y el sometimiento de personas, de cualquier edad o condición.
- 6– Consideramos que las manifestaciones de médiums, líderes y dirigentes espíritas son libres y pueden y deben ser analizadas y discutidas de forma respetuosa y racional. El ejercicio de la mediumnidad y de los puestos de liderazgo no confieren autoridad incontestable en ningún asunto.
- 7– Rechazamos la idea de que el espiritismo sea una religión institucional. Entendemos que él propone una espiritualidad libre y abierta, con posibilidades para el diálogo con otras tradiciones espirituales.
- 8– Rechazamos cualquier tutela institucional sobre el pensamiento espírita: la práctica, el estudio, las producciones y la representación del espiritismo son libres y no son monopolio de ninguna institución nacional o internacional.

- 9- Consideramos que el diálogo entre todos los espíritas debe ser abierto, empático y constructivo, sin la pérdida de la criticidad y de la libertad de conciencia y expresión.
- 10- Entendemos el espiritismo como una propuesta pedagógica, que trabaja por una educación emancipadora de todas y todos para la convivencia pacífica, para la justicia y equidad y para la práctica de una espiritualidad amorosa y crítica". ASSOCIAÇÃO BRASILEIRA DE PEDAGOGIA ESPÍRITA (ABPE). 2019.

?

¿SABÍA USTED?



ABPE Associação Brasileira de Pedagogia Espírita

La ABPE constituye la más calificada referencia de una entidad de alto rango académico que se propone estudiar, investigar, aplicar y divulgar la Pedagogía Espírita, dentro de un enfoque universalista que propone una educación transformadora, integral, dispuesta al diálogo con las diversas áreas del conocimiento, y en procura de una espiritualidad libre, abierta, crítica y fraterna.

Mediante la Universidad Libre Pampedia se presentan regularmente ofertas académicas de Cursos y Seminarios, a nivel de pregrado, postgrado y doctorado, y posee un fondo bibliográfico dirigido por la Editora Comenius.

Espiritismo progresivo

Desde su fundación, el espiritismo reconoció el carácter progresivo de sus enseñanzas, las cuales deberían siempre ser contrastadas con todos los avances científicos y culturales que se fueren produciendo. Pensador inspirado en los valores racionalistas e ilustrados, Kardec se pronunció claramente a favor de que el espiritismo se revisase y actualizase de acuerdo con los descubrimientos de la ciencia y el progreso general del conocimiento alcanzado en cada época. En su *"Proyecto de Constitución del Espiritismo"*, publicado en *Obras Póstumas*, se refirió al *"carácter esencialmente progresivo de la doctrina"* y propuso la realización de Congresos Espíritas que podrían reunirse cada 25 años para *"estudiar los principios nuevos susceptibles de adaptación al cuerpo doctrinal"*. (KARDEC, 1995, p. 240). Conceptos que apuntaban en la misma dirección ya los había dejado bien claros en diversos textos, como este que se encuentra en *La Génesis*. *Los milagros y las predicciones según el espiritismo*:

"El espiritismo, avanzando con el progreso, nunca quedará rezagado, porque si nuevos descubrimientos le demostrasen que está equivocado en algún punto, él rectificará en ese

punto, y si una nueva verdad se revelara, él la aceptará". (KARDEC, 2017, p. 47).

Coherente con esta convicción, Kardec advirtió desde el propio comienzo de la reflexión que le llevaría a la fundación y sistematización del espiritismo a partir de la exploración del mundo de los espíritus por medio de un diálogo con ellos, que los espíritus no son reveladores predestinados sino seres humanos desencarnados, con sus aciertos y errores, y que por lo tanto sus mensajes deben ser tomados como sus opiniones particulares y ser sometidos a un análisis objetivo y crítico. Igualmente, señaló que los médiums no son personas poseedoras de dones divinos o sobrenaturales, sino intermediarios que facilitan el contacto entre encarnados y desencarnados, haciendo uso de una variada gama de facultades psíquicas ultrasensoriales.

Asumida como una obra humana y no divina, natural y no sobrenatural, dinámica y no estática, susceptible de ser repensada, revisada, reinterpretada, actualizada y ampliada, la doctrina espírita, fruto del laborioso y admirable esfuerzo realizado por Kardec junto a la formidable contribución de un grupo de espíritus de singular sabiduría y moralidad, no abarcó, ni podría hacerlo,

la totalidad de los conocimientos de orden espiritual o material, quedando así un amplio campo abierto al trabajo posterior de los espíritas y de los espíritus en cuanto a lo que pudiese conseguirse con la reflexión, la observación, la investigación y la experimentación.

Habiendo transcurrido más de siglo y medio de la organización del espiritismo, un examen profundo y desprejuiciado de las ideas expuestas en sus textos fundacionales, obliga a diferenciar aquellas opiniones que reflejan de manera inequívoca el contexto sociocultural de aquella época y que por lo tanto ya no satisfacen las demandas del saber contemporáneo, de las tesis cardinales que integran el núcleo duro del pensamiento espírita, como Dios, inmortalidad, evolución, reencarnación, intercambio espiritual, vida universal, que mantienen su vigencia, vigor y lozanía, e igualmente de aquellos conceptos correlacionados, como el periespíritu, el magnetismo personal, obsesión espiritual, o el animismo, entre otros.

Por no tratarse de una religión, (aunque gran parte de sus adeptos así lo piensen y hayan empeñado sus mayores esfuerzos en configurarla como tal) , sino de una filosofía científica y moral, de una doctrina abierta y sin pretensiones exclusivistas o

sectarias, que no se exhibe como dueña de verdades absolutas e inmodificables, el espiritismo se muestra dispuesto a un diálogo respetuoso con todas las corrientes del pensamiento filosófico, científico, religioso, educativo, psicológico, artístico, ético, sociológico y político de cada época. De producirse un intercambio de pareceres dentro de un espíritu ecuménico, seguramente habrá de redundar en el enriquecimiento cultural de todos los participantes y en una fraterna y saludable convivencia.

Sobre estas bases, el humanismo espírita extiende una invitación abierta y plural a las voluntades que se declaren favorables a un cambio paradigmático del mundo en que vivimos, que se refleje en los ámbitos sociales y morales, económicos y políticos, igual que en las esferas intelectuales, científicas y educativas. Un cambio en los modelos epistemológicos que, según la visión kardecista, generará avances en la producción del conocimiento y en su direccionalidad, pasando del análisis a la síntesis, del pensamiento único al pensamiento crítico, del reduccionismo al holismo, del cerebrocentrismo al espíritucentrismo. Un nuevo paradigma, en fin, que cierre la brecha entre la comprensión científica y la espiritual, la cual no solamente pone obstáculos a la identificación y

entendimiento de la verdadera naturaleza humana, en tanto que entidad bio-psico-socio-espiritual, sino que es también una de las causas principales de los problemas éticos y sociales que afectan gravemente el equilibrio planetario y el progreso general de la humanidad.

11

HUMANISMO VERSUS TRANSHUMANISMO

La visión espírita propone un humanismo centrado en el espíritu que convoca al diálogo entre el saber científico-tecnológico, la reflexión de las ciencias humanas y la promoción de la espiritualidad. No es posible encarar los desafíos presentes y futuros a los que se enfrenta la sociedad sin esta relación indispensable, mediante la cual los centros principales de dirección política, económica, educativa, cultural y social del mundo y los gobiernos de toda orientación tomarían las mejores decisiones. Conforme al criterio espírita es necesario que el análisis crítico humanista y sus criterios éticos se integren con el impulso científico y tecnológico para obtener un enfoque de conjunto, que sitúe al ser humano en el centro de la atención. Un ser

humano que, mirado globalmente, es un espíritu que ha encarnado en un organismo biológico para configurar una nueva existencia, que se halla en continua interacción con un medio social al cual influye y del cual recibe toda clase de influencias que se suman a su archivo psíquico, síntesis de sus vivencias y experiencias en múltiples vidas previas, para modelar una nueva personalidad y seguir avanzando en su trayectoria evolutiva.

Sea por el temor a que se produzca una singularidad, es decir, una inteligencia artificial que pudiera borrar a la humanidad de la faz de la Tierra, o sea por la aspiración de los llamados transhumanistas, convencidos de que con la tecnología se podrán superar las limitaciones biológicas del ser humano -incluyendo la muerte- lo cierto es que los avances conseguidos nos conducen a pensar y reflexionar en aquello que nos hace humanos, que nos es propio y que no es susceptible de ser reproducido artificialmente ni de ser traspasado a un envoltorio más duradero, vale decir el espíritu, entidad psíquica que nos otorga individualidad, inmortalidad, continuidad y trascendencia.

La afirmación del espíritu implica sobre todo tener en cuenta la conciencia. Aunque elusiva

todavía hoy su naturaleza, ya se estableció desde Descartes que el ser humano es un sujeto pensante, capaz de elaborar un pensamiento independiente y manifestarlo a través del lenguaje, un ser consciente de sí y del mundo que le rodea, y que como tal se siente único, original y propio. Como seres conscientes y también sintientes, tenemos fuerzas que nos motivan y nos impulsan, hacen posible la empatía y expresan el amor, la más poderosa entre todas las fuerzas conocidas.

Pensamos, sentimos, amamos, y en consecuencia, creamos. Tenemos capacidad de crear, de imaginar, de construir otros mundos tan reales a veces para nosotros como el mundo físico, tal cual sucede con el arte o la literatura. Es cierto que una inteligencia artificial puede producir textos alimentándose de otros previos y que mediante el empleo de determinados algoritmos puede tomar decisiones, pero no puede sustituir la esencia espiritual que define al ser humano. Es cierto, por ejemplo, que ya hay una inteligencia artificial capaz de crear una sinfonía al estilo de Beethoven, lo cual sin duda es muy meritorio, pero no es lo mismo crear que imitar. Beethoven compuso interpretando en su música el espíritu de su siglo y prefigurando el siguiente. Eso exige mucho más que un conjunto

de órdenes combinatorias. Eso exige un 'alma', que no poseen las máquinas.

Jamás ha de olvidarse que un principio inherente a la condición humana es la libertad. El ser humano es esencialmente libre, un proyecto en continua construcción, un conjunto de elecciones y decisiones constantes, en las que se impone el libre albedrío del espíritu, sin dejar de asumir grados de condicionamiento genético o del entorno social. Y no hay máquina, por sofisticada que sea, que goce del maravilloso atributo de la libertad.

Ser conscientes de la vida implica también ser conscientes de la muerte y de la trascendencia espiritual más allá de sus fronteras. Incluso, muchos que son materialistas desde una perspectiva epistemológica por creer que estamos hechos solamente de materia gobernada por leyes fundamentales, reconocen que en determinadas ocasiones son protagonistas o testigos de experiencias trascendentes en las que llegan a sentir y a pensar - como cualquier espiritualista lo haría - que forman parte de algo más grande e inefable que los lleva a entrar en comunión con los otros, con la naturaleza, con el cosmos o con Dios. Son experiencias que no pueden reducirse a ceros y unos, ni someterse

a análisis cuantitativos, y que podrían integrarse bajo la noción general de espiritualidad, la cual en algunos se identifica con sus particulares sentimientos religiosos, pero en otros se expresa como una actitud íntima de conexión con la suprema inteligencia creadora de cuanto existe, al margen de dogmas y estructuras eclesiásticas.

Al fin y al cabo, la espiritualidad es una dimensión constitutiva del ser humano, por lo que no está sujeta a las tradiciones religiosas, aunque frecuentemente deriva de ellas. Básicamente se conecta con los sentimientos y los comportamientos, si bien puede encontrar la fuente de su inspiración en figuras paradigmáticas que otorgan su impronta a pueblos, culturas y creencias en distintas regiones y épocas del mundo, como es el caso de Moisés, Jesús de Nazaret, Siddharta Gautama, Confucio, Rumí, San Francisco de Asís, Mohandas Gandhi, Teresa de Calcuta, etc.

No hay como ignorar que estamos en la era de la cibernética, la comunicación informática o la ingeniería genética, que nos encontramos en medio de una revolución científica que produce vértigo, pero aun así, rechazamos las pretensiones transhumanistas que predicen y aúpan la robotización

de los individuos y de la sociedad en su conjunto como consecuencia de una tecnología convertida en tecnocracia, y ratificamos nuestra confianza en la propuesta humanista centrada en el reconocimiento del espíritu como esencia de todo cuanto existe en sus diferentes fases evolutivas, y en la afirmación de que la ciencia y la tecnología siempre han de ponerse al servicio del Hombre, es decir el espíritu encarnado, para dar respuestas a sus grandes interrogantes y a los desafíos que plantea la actual crisis civilizatoria, alimentaria, educacional, ecológica, energética y los que puntualmente derivan de la pobreza y la desigualdad que aquejan a millones de seres humanos, de los cruentos conflictos bélicos y de las violaciones a los derechos jurídicos y políticos de los ciudadanos sojuzgados bajo regímenes autoritarios y dictatoriales que se mimetizan bajo engañosas máscaras ideológicas.

CONCLUSIÓN

EXHORTACIÓN HUMANISTA A LA PRÁCTICA DEL BIEN

El objeto principal de este breve ensayo es el de ofrecer un conjunto coherente de razonamientos que den verosimilitud a la tesis de que realmente el espiritismo es un humanismo, y que en todo caso, y desde cualquier mirada crítica, se admita que representa una vertiente particular dentro del amplio espectro que forman las variedades humanísticas contemporáneas, con las cuales converge en la idea nuclear de una concepción del mundo sustentada en la centralidad del hombre, pero que de ellas diverge por reconocer al ser humano como un alma encarnada que trasciende el límite de la existencia terrenal: que preexiste al nacimiento y formación del

organismo carnal y subsiste a su destrucción con la muerte. Por los principios en que se sustenta y los valores que promueve, algunos términos le vienen bien para ubicarlo con mayor precisión, por lo que es aceptable reiterar que el espiritismo es un humanismo deísta, espiritualista, universalista, reencarnacionista, evolucionista, mediúmnico, integral, laico, librepensador, progresivo y progresista.

Del hecho de ocuparse del hombre encarnado como del hombre desencarnado, es que nace la admirable originalidad ontológica, epistemológica y axiológica que le distingue. En cualquiera de las fases interexistenciales en que se encuentre, toda criatura humana progresa sin cesar conquistando progresivamente peldaños cada vez más altos en su ascenso intelectual, igual que en plano moral, hasta convertirse en ese hombre de bien cuyos caracteres fueron certeramente delineados por Kardec:

“El verdadero hombre de bien es el que practica la ley de justicia, amor y caridad en su mayor pureza. Si interroga a la conciencia acerca de las acciones que llevó a cabo, se preguntará si no ha violado esa ley; si no hizo mal; si ha hecho todo el bien que pudo; si nadie tuvo que quejarse de él; en fin, si ha hecho a su prójimo todo lo que habría querido que se hiciera por él”. (KARDEC, 1992, P.319).

Un ser humano ganado por la idea del bien es aquel que se conoce a sí mismo como persona dotada de razón y dignidad, a la vez que reconoce a su semejante con iguales condiciones y derechos. Transitando por este sendero, unidos todos por la iluminación que brindan el respeto y el amor, la caridad y la compasión, se hará posible la sociedad humana como una compenetración solidaria de personas y no como mero ensamblaje funcional de individuos, constituyéndose entonces una verdadera comunidad de espíritus dispuestos a edificar el anhelado reino de la fraternidad universal.

He aquí el colosal desafío que convoca al humanismo contemporáneo y que el humanismo espírita en particular asume con resolución, entusiasmo y esperanza en el porvenir.

A modo de colofón de esta obra, no se nos ocurre nada más apropiado que transcribir el célebre poema *"El placer de servir"* de la exquisita poetisa chilena Gabriela Mistral, como fiel expresión de humanismo y espiritualidad, cuyos versos invitan a superar la cultura del individualismo y promover la cultura de la cooperación, y constituyen un precioso canto al amor, a la ternura y al servicio, que es decir a los más elevados valores proclamados por un humanismo de raíz espiritual:

*Toda la naturaleza es un anhelo de servicio.
Sirve la nube, sirve el viento, sirve el surco.*

*Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú.
Donde haya un esfuerzo que todos esquiven,
acéptalo tú.*

*Sé el que apartó la piedra del camino, el odio de
los corazones, y la dificultad del problema.
Hay la alegría de ser sano y de ser justo.
pero hay sobre todo la hermosa, la inmensa
alegría de servir.*

*¡Qué triste sería el mundo si todo en él estuviera
hecho, si no hubiera un rosal que plantar, una
empresa que emprender!*

*Que no te llamen solamente los trabajos fáciles,
¡Es tan bello hacer lo que otros esquivan!
Pero no caigas en el error de que solo se hace
mérito con grandes trabajos.
Hay pequeños servicios que son buenos servicios:
adornar una mesa, ordenar una casa, peinar un
niño.*

*Aqué! es el que critica. Este es el que destruye.
Tú sé el que sirve.*

*El servir no es faena de seres inferiores.
Dios, que da el fruto y la luz, sirve.
Pudiera llamársele así: El que sirve.
Y tiene sus ojos fijos en nuestras manos y nos
pregunta cada día:
¿Servirás hoy? ¿A quién?
¿Al árbol, a tu amigo, a tu madre?*

(MISTRAL, 2019, Vol. V, p.183)

La escritora chilena **Gabriela Mistral** (1889-1957) recibió el Premio Nobel de literatura en 1945. Fue el primero que recibió un escritor hispanoamericano, y significó el reconocimiento a una obra poética de profunda humanidad, sensibilidad y espiritualidad.

En sus versos privilegiaba el empleo de un lenguaje sencillo, claro y emotivo, que se alejaba de la abstracción intelectual para conseguir un fácil entendimiento por todos los lectores, especialmente los más humildes.



INDICACIONES DE LECTURAS DE INTERÉS

KARDEC, Allan. *El libro de los espíritus.* Caracas, Ediciones CIMA, 1992.

LARA, Eugenio. *Breve ensayo sobre el humanismo espírita.* Santos, CPDoc, 2012.

INCONTRI, Dora. *Kardec para o século 21.* Bragança Paulista: Editora Comenius, 2025.

INDICACIONES DE SITIOS WEB DE INTERÉS

<https://www.un.org>

<https://ethic.es>

<https://fundaciónhumanismoyciencia.org.es>

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ASSOCIAÇÃO BRASILEIRA DE PEDAGOGIA ESPÍRITA (ABPE). *Manifiesto Progresista*. Bragança Paulista, 2019.

AMORIM, Deolindo. *El espiritismo y los problemas humanos*. Buenos Aires, Editorial Víctor Hugo, 1951.

CIORAN, Emil. *Desgarradura*. Madrid, Lectulandia, 1979.

DRUBICH, Cristina; CULZONI, Paula. *Educación al espíritu: Formar pensadores libres*. Rafaela, CEPA, 2012.

FEDERACIÓN ESPÍRITA ESPAÑOLA. *Libro Resumen del V Congreso Espiritista Internacional*. Barcelona, 1934.

INCONTRI, Dora. *Kardec para o século 21*. Bragança Paulista, Editora Comenius, 2024.

KARDEC, Allan. *El libro de los espíritus*. Caracas, Ediciones CIMA, 1992.

KARDEC, Allan. *¿Qué es el espiritismo?* Caracas, Ediciones CIMA, 1996.

KARDEC, Allan. *El evangelio según el espiritismo*. Caracas, Ediciones CIMA, 1994.

KARDEC, Allan. *Obras póstumas*. Caracas, Ediciones CIMA, 1995.

KARDEC, Allan. *La génesis: los milagros y las predicciones según el espiritismo.* Buenos Aires, Ediciones CEA, 2017.

LARA, Eugenio. *Breve ensayo sobre el humanismo espírita.* Santos, CPDoc, 2012.

MARIOTTI, Humberto. *Víctor Hugo, el poeta del más allá.* Buenos Aires, Ediciones CEA, 2018.

MEDRÁN MOREIRA, Milton. *"O compromisso do espiritismo com a democracia".* En jornal Opinião, Porto Alegre, 2020.

MÉNDEZ BEJARANO, Mario. *Historia de la filosofía en España hasta el siglo XX.* Madrid, edición del autor, 2020.

MISTRAL, Gabriela. *Obra reunida.* Santiago de Chile. Ediciones Biblioteca Nacional, 2019.

NUNES, Ricardo de Moraes. *"Política e sociedade em O livro dos espíritos".* En jornal Abertura, Santos, 2020.

PORTEIRO, Manuel. *Espiritismo dialéctico.* Buenos Aires, Editorial Víctor Hugo, 1960.

REGIS, Jaci. *"La ciencia del alma".* En jornal Abertura, Santos, 2010.

Jon Aizpúrua

Venezolano, actualmente
residenciado en Murcia,
España.

Psicólogo clínico. Profesor
universitario jubilado.

Presidente del Movimiento
de Cultura Espírita CIMA.

Fundador de la revista Evolución.

Expresidente de CEPA (1993-2000).

Conferencista internacional.

Autor de varios libros espíritas, de
psicología, historia y literatura.

Productor y conductor de programas de
radio y TV.



Los libros de la **Serie 2 - Espiritismo y Sociedad** tratan de las relaciones entre el espiritismo y temas sensibles y actuales como la política, el humanismo, el trabajo, el racismo, la crisis climática, la sostenibilidad, el fundamentalismo religioso, el género, las sexualidades, el papel de la mujer en la sociedad, la ideología y la comunicación de masas.

